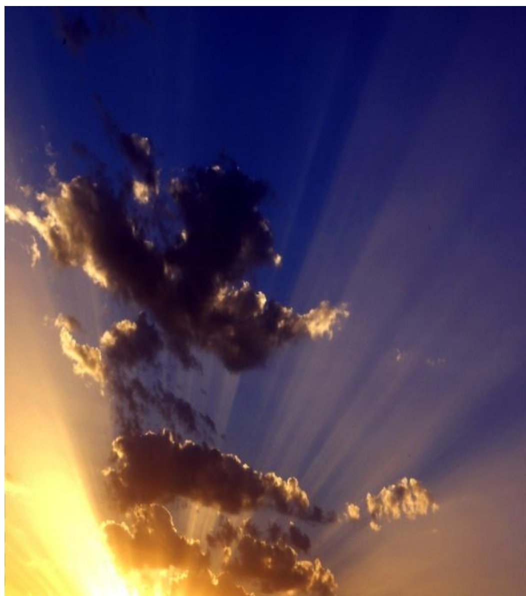
José Gómez Muñoz

DESDE LA ALHAMBRA

VENTANAS A LA ETERNIDAD



El libro de los más bellos relatos de la Alhambra río Darro, Albaicín, Realejo y Granada

Dibujos:
Primera edición --2014
Granada, 2010-2014

Índice

Fuenteliria

Vasado en un hecho real

El sueño de un científico.

Los paisajes al levante de Granada,
antes de las cumbres de las nieves,
y por donde nacen los ríos de las aguas blancas,
contienen más belleza y misterios
que todos los mundos de la Alhambra.

I- Desde un país lejano llegó a Granada con la intención de conocerla y visitar la Alhambra. Pero además de esto, el motivo principal por el que venía a esta ciudad era, según decía él, “para descubrir un gran misterio”. Algo que había leído en algunos de los antiguos libros y a lo que nadie ahora daba importancia a pesar del valor, según también su opinión, tenían. Comentaba a los amigos:

- El lugar de Fuenteliria y Molino del Avellano, están lleno de secretos que encierran grandes misterios. Tengo que recorrerlos y descubrir para la humanidad, todos los signos y mensajes que ese camino y territorios encierran.

Por eso, en cuanto pisó las calles de Granada, lo primero que hizo fue preguntar por Fuenteliria. Unos y otros y también en las oficinas de turismo, le dijeron:
- Que mire usted, señor, que aquí en Granada y en los paisajes que rodean, no hay ningún manantial ni lugar con ese nombre.

- No lo conoceréis vosotros pero yo estoy convencido de que esa fuente existe.
- ¿Y por qué lugar cree usted que se encuentra?
- No lejos de Granada, entre la colina de la Alhambra y las montañas de Sierra Nevada.
- Pues ya le decimos: nadie en esta ciudad ni conocemos ese sitio ni hemos oído hablar de él nunca.
- ¿Y alguna persona mayor que haya vivido por los rincones que digo?
- Quizá el viejo pastor del Albaicín. Vaya a ese barrio y pregunte.

Apuntó en su cuaderno esta recomendación y al caer la tarde del caluroso día de verano, se encerró en la habitación de su hotel, desplegó mapas, miró los apuntes en sus cuadernos, leyó algunos capítulos de varios libros que creía interesantes y ya muy cansado y casi de madrugada, se fue a la cama. Todavía antes de coger el sueño, imaginó muchas cosas e hizo planes y, con todas estas imágenes y emociones en su mente y pensando en el viejo pastor que le habían dicho, se quedó dormido. Tuvo un sueño y en él, vivió lo que pongo a continuación:

Al ponerse el sol por la Vega de Granada, recorría el Paseo de los Tristes y subió al barrio del Albaicín. Preguntó por el viejo pastor y cuando por fin lo encontró y le contó qué era lo que por esta ciudad buscaba, el anciano le dijo:
- Puedo llevarlo a usted al lugar que dice pero le advierto que hace ya muchos años que no recorro eso. Puede que todo lo que por ahí encontremos, esté ya por completo cambiado y muchas cosas, incluso hayan desaparecido.
- Eso no importa y hasta incluso pienso que es mejor. Así tú me cuentas las cosas tal como las conociste

cuando eras pequeño y yo las comparo con lo que he leído en los libros y lo que ahora por ahí encontremos. Será un descubrimiento fascinante. Esto es lo que exactamente estoy buscando.

- Pues cuando quiera usted vamos y recorremos esos lugares y caminos.

- Mañana mismo, a primera hora, nos ponemos en marcha. Pero antes ¿te puedo hacer una pregunta?

- Pregunte usted lo que quiera, señor.

- Por hacer de guía y explicarme las cosas ¿qué me vas a pedir a cambio?

- Eso lo hablamos cuando terminamos lo que estamos planeando. Pero para su conocimiento y tranquilidad, le digo que no voy a pedirle dinero ni ropa ni propiedades. Solo algo que usted puede darme sin gran esfuerzo y que se lo haré saber, como ya le he dicho, cuando demos por finalizado lo que estamos acordando.

- Pues confío en tu palabra y mañana nos vemos.

II- A primera hora del día siguiente, pastor y extranjero, salieron de Granada, siguiendo las veredas que discurrían por los cauces de ríos y arroyos. Y era ya más de medio día cuando llegaron al punto que el pastor había planeado. Un sitio bastante lejos de la Alhambra y donde se abría un valle surcado por algunos arroyuelos con aguas frescas y claras. Dijo el pastor al investigador:

- En esta ocasión, vamos a dormir aquí para que usted también sepa lo que es pasar la noche al aire libre, frente a los cielos estrellados de estas montañas.

- Es interesante tu plan pero ¿qué esperas enseñarme con ello?

- El camino que desde este punto vamos a recorrer hasta las primeras casas del Albaicín, lo hice yo ciento de veces siendo pequeño y siempre al comenzar el día.

Quiero revivir esa experiencia para contarle las cosas tal como las tengo en mis recuerdos almacenadas.
- Pues sea como quieres.

Enseguida se pusieron a buscar un lugar para acampar y pasar la noche. Lo encontraron junto a una gran roca donde la hierba crecía abundante y brotaba un copioso manantial. Buscaron algunas ramas secas, hicieron fuego para calentar alimentos y por si el frío, a lo largo de la noche, aparecía. Y un poco antes de ponerse el sol, el científico dijo al pastor:
- Si me describes la ruta que aremos mañana, dibujaré un pequeño plano que iremos luego completando según recorramos el camino y descubras las cosas.
- Eso está hecho ahora mismo. Coja usted papel y algo para escribir que empiezo a contarle: el primer tramo del camino es desde la junta de los dos arroyos de la encina hasta Fuenteliria. Ya verá usted qué bonito y misterioso es eso. Desde Fuenteliria avanzaremos hasta el famoso trozo conocido con el nombre de Camino de la Fruta, ruinas de las casas y Molino del Avellano. Desde ahí, ya avanzaremos derecho al Huerto y Casa de la Higuera, a solo unos metros de las primeras calles del barrio del Albaicín. Esto es, en esquema y muy rápido, lo que mañana veremos.
Sobre una hoja de papel en blanco, el científico dibujó un pequeño plano y puso algunos nombres en los puntos más destacados. Luego dijo:
- Ya tengo bastante claro el esquema. Luego esta noche, mientras cogemos el sueño en medio de estos campos y a la luz de la luna, te preguntaré cosas concretas que deseo saber.
- Usted pregunte todo lo que quiera pero ya le dije que lo mejor es recorrer el camino y ver y explicarlo en directo.

III- Mientras la noche fue avanzando y la luz de la luna iluminaba los campos, hablaron de muchas cosas. De fondo les acompañaba el rumor del claro manantial brotando bajo la roca y el canto de los grillos. Hasta que en un momento de la conversación, el pastor dijo:

- Al amanecer, verá usted que hermoso se ve este valle. Y como en este lugar tengo tantos recuerdos y todos bonitos aunque en aquellos días fueran duros, ahora se me viene a la mente la imagen de mi mejor amigo.

- ¿Le ocurrió algo a este amigo tuyo?

- La imagen que este momento viene a mi mente es la de aquel día por la mañana temprano. Subía él desde las tierras llanas de este valle e iba por las veredas surcando la ladera cuando de pronto, me lo encontré de frente. Al vernos nos paramos, nos saludamos y enseguida le pregunté:

- ¿A dónde vas por aquí a estas horas tan tempranas?

- Ya he terminado.

- ¿Qué es lo que has terminado?

- He recorrido todo el valle después de venir de las montañas al otro lado y ahora me dirijo a Granada.

- ¿Qué tienes que hacer allí?

- Me han llamado de los palacios de la Alhambra para que les des una información.

- ¿Información de qué?

- Por lo visto alguien por allí ha dicho que yo soy amante y conozco bien todas estas montañas. Quieren escribir un libro y realizar algunos planos y me necesitan para que les confirme los nombres de los lugares y caminos de estos sitios.

Al oír esto, en mi corazón tuve un extraño presentimiento. Sabía que mi amigo era la persona que mejor conocía todos estos lugares, valles y montañas. Y sabía que más amante de la naturaleza, caminos, fuentes y ríos no había otro en toda Granada. Por eso

eché una amplia mirada a este valle, observé a mi amigo durante unos segundos y empujado por lo que en mi corazón sentía, le volví a preguntar:
- ¿Y ya no volverás más por aquí?
- Seguro que sí pero si ahora me llaman para que les confirme nombres y sitios, no me queda otro remedio que ir.
- Sé que como tú de bueno, fuerte y sano no hay otro en el mundo. Por favor, vuelve.
Y mi amigo me dio un abrazo y nunca más volvió por aquí. Desde entonces para mí, estos lugares tienen un significado extraño: bellos, desde luego por el recuerdo de aquel tan buen amigo pero también triste y con sabor amargo y lejano. Cuando las cosas que amamos, se rompen en el corazón y para siempre, la vida entera cambia de color, de sentido y hasta de valor. Con la pérdida para siempre de aquel tan gran amigo mío, aprendí mucho en mi soledad y refugiado en mi especial dolor.

IV- En silencio total y con el aliento contenido, el científico había escuchado el sencillo relato del pastor. Mientras con sus ojos observaba asombrado las estrellas en el oscuro cielo y los blancos rayos de la luna reverberando sobre las últimas nieves en las cumbres de Sierra Nevada. Guardó silencio también el pastor y, durante unos minutos, se concentró en el rumor del agua brotando en el manantial bajo la roca. Poco después, a los dos los venció el sueño.

Cuando despertaron ya el sol se derramaba por los campos. De sus mochilas sacaron algunos alimentos, los compartieron y después de apagar el fuego, se dispusieron a comenzar la ruta que tanto le interesaba al científico. Por eso, cuando ya bajaban por

la ladera al encuentro de la junta de los arroyos antes de Fuenteliria, preguntó al pastor:
- ¿Y lo de la encina milenaria y el granado de las tres ramas retorcidas que anoche me decías?
- Lo del granado y la encina son también partes importantes de mis vivencias por estos lugares y ahora sucede que de ningún modo puedo borrar de mis recuerdos.
- Tus recuerdos me sirven a mí para enriquecer la investigación que pretendo. Te pagaré muy generosamente si me sigues ilustrando con estas vivencias tuyas por aquí.
- Ya le dije a usted que ni una moneda voy a cobrarle por lo que ahora comparto. No me interesa el dinero ni el oro ni la plata. Después de los años vividos, he descubierto que hay cosas mucho más importantes y para siempre valiosas. Pero como también le dije, de todo esto hablaremos cuando concluyamos el camino que ahora comenzamos.
- Y estuve y estoy de acuerdo pero descubro que tu corazón es noble y tú eres sincero. No quiero que en algún momento pienses que me estoy aprovechando de ti.
- Nunca pensaré eso sino todo lo contrario: usted me está ofreciendo una oportunidad como nunca he tenido en mi vida. Vamos ya llegando a la junta de los arroyos y como enseguida aparecerá ante nosotros la gran encina que le dije, voy a contarle la pequeña historia de mi perra de agua, blanca y negra. Lo del granado de las tres ramas retorcidas, se la explicaré después.
- Pues adelante que estoy deseando escucharte.

V- Y el viejo pastor, aguardó unos minutos antes de comenzar su relato. Llegaron a la encina milenaria, a la izquierda del camino y exacto donde los dos arroyos se juntan, se apartó de la senda, avanzó

hacia el tronco del árbol, lo tocó con sus manos y apoyándose luego en la hierba ya casi seca, se sentó en el suelo. Procurando que el grueso y gris tronco del árbol le sirviera de respaldo, mientras miraba en la dirección en que se iban las aguas por el arroyuelo. Le pidió al científico que le acompañara, invitándole a que se sentara en la piedra de la derecha y éste le hizo caso. Después de unos segundos que le sirvieron como para meditar o relajarse un poco, el pastor habló y dijo:
- Sobre el tronco de esta encina y tal como ahora estamos sentados, es como me gustaría terminar los últimos momentos de mi vida. Respirando el aire puro de estos lugares, escuchando el rumor del agua de este arroyuelo y mirando para las cumbres de Sierra Nevada. La muerte más hermosa y digna que siempre he soñado y cada día le pido al cielo. Y me gustaría que el día que la muerte se digne llevarme de este suelo, me sorprenda sin avisar, sin dolor ni complicaciones para otras personas porque creo que es la forma más hermosa para irse de este mundo. Morir de repente, solo conmigo mismo y con el cielo frente mí lleno de estrellas y, de fondo, la música del viento y el perfume que respiré desde pequeño.

Lo escuchó muy sorprendido el científico y no supo qué responder ni comentar. Por eso se mantuvo en silencio con la intención de no perturbar el momento. Pasado unos minutos, el viejo pastor de nuevo habló diciendo:
- Era yo pequeño cuando un día, junto al camino estaba con mi padre cuidando el rebaño de ovejas. Pasó por allí un hombre con una borriquilla y dentro de las aguaderas llevaba un perrillo con no más de un mes de vida. Al verlo tan blanquito, regordete y juguetón, le dije al hombre de la borriquilla:
- ¿Me regala usted este perrillo?

- ¿Para qué lo quieres?
- Pienso que puedo criarlo y darle todo lo que necesite para que sea mi amigo.
Y el hombre miró a mi padre y oí que dijo:
- El chiquillo está solo y tiene necesidad de jugar con alguien.
- Pues tenga usted este cachorrillo y déselo a su hijo para que lo cuide y tenga un buen amigo. Es de una raza que por aquí llaman de agua. Por eso, si lo educa bien, cuidará de los animales mejor que usted.

Si pronunciar palabra mi padre cogió el perrillo, lo acarició un poco y luego me lo dio diciendo:
- Ya tienes lo que querías.
Y en ese momento sentí tanta alegría que salí corriendo por los campos, llamando al animal y diciendo: "Venga, vente conmigo y sed libre como el viento que por aquí siempre corre". Trotó un poco la débil cachorrilla y al enredarse con la hierba y algunas matas de monte, comenzó a recular como si tuviera miedo. Me volví para atrás, la cogí en mis brazos, le dije palabras buenas y de ánimo y lo acurruqué contra mi pecho. Le dio mi padre las gracias al hombre de la borriquilla y al poco lo vi perderse por la curva de la senda en la ladera.

Aquel día, al siguiente y en los meses que siguieron, fui el más feliz de todos los niños del mundo jugando y corriendo por los campos con aquel animal tan bello, inteligente y bueno. Le enseñé a cuidar de las ovejas y a que me obedeciera cuando le pedía algo, a que jugara y durmiera en cualquier sitio, junto a mí o fuera de la casa. Ni un solo día de su vida, mi pequeña y hermosa perra de agua, durmió dentro de la vivienda. Lloviera, hiciera frío o calor, ella nunca entraba a la casa ni se refugiaba junto a nosotros. Y le digo esto para que sepa que ser amigo de un perro, cuidarlo y quererlo, no

necesariamente hay que tratarlo como se hace con cualquier ser humano. Estos animales, son amigos de la libertad, de los paisajes, del aire, las lluvias y el frío. Y darle esto al mismo tiempo que respeto y cariño, es lo más sabio y mejor para ellos. Es lo que aprendí de aquella perra de agua, el mejor amigo que nunca he tenido y el más fiel y cariñoso conmigo.

Todo fue así durante varios años. Hasta que un día, al amanecer la llamé para que se viniera conmigo por los campos y no apareció por ningún lado. La seguí llamando y la busqué durante varias horas y al final la encontré junto a esta encina, acurrucada entre las ramas del lentisco que tenemos a la izquierda. La cogí en mis brazos y me di cuenta que ni tenía ganas de jugar ni de comer. Me la llevé a la casa, la refugié en un rincón del cobertizo, entre pajas y algo de ropa vieja y aunque le volví a dar de comer, no probó bocado. Apenas dormí aquella noche pensando en ella y en las pocas fuerzas que tenía. Por eso, en cuanto salió el sol, fui a buscarla y tampoco me la encontré. Bajé por el arroyuelo y me vine derecho a esta encina. Al llegar, otra vez me la encontré acurrucada entre las ramas de este lentisco. Pero en esta ocasión, aunque la llamé y enseguida me acerqué para acariciarla, ella no reaccionó nada. Descubrí que estaba muerta.

En mi corazón sentí una muy extraña sensación y tuve ganas de llorar. Lo hice durante un buen rato y luego, cogí una azada, junto al tronco de esta encina cavé un gran hoyo y aquí la enterré diciendo: “Descansa en paz mi fiel y buena compañera de juegos y fantasías. Sé que te has marchado a un paraíso grande y bello y por eso, aunque estoy triste porque ya no estás conmigo, no me quedo desconsolado ni vacío. Vendré por aquí a estar contigo

cada vez que pueda y nunca se borrará de mi mente tu recuerdo”.

VI- Con estas palabras el viejo pastor puso fin al pequeño relato. Tragó saliva limpiándose unas lágrimas que le rodaban por la cara. El científico lo miraba todo interesado y ahora ni se atrevía a pronunciar palabra. Dejó que el silencio lo llenara todo y sí pasado un largo rato, preguntó al pastor:

- Y después de aquella bonita perra de agua, blanca y negra ¿has sido dueño de algún perro más?

- De ninguno, señor. Fue tan intenso y tan bello lo que viví con aquel animal y su muerte me dejó un dolor tan grande, que no he querido tener ningún otro amigo animal. Pienso que todo en la vida tiene una sola vez y que siempre es única. Por eso, aprender todo lo posible de ese momento, es lo más sabio y más sabio es aun no intentar repetirlo de nuevo. Cuando las cosas se viven y gozan desde la inocencia, es como hacer real el cielo en esta tierra. Pero las personas crecemos y siempre un día, aunque no lo deseemos, el alma pierde su candidez. Esforzarse e intentar prolongar indefinidamente la pureza de nuestros primeros sueños, yo creo que no tiene sentido ni tampoco es bueno. Cada instante de la vida que vivimos, es único y hay que separarlo del pasado y del presente.

Se levantó el pastor de donde estaba sentado, tocó con sus manos el grueso tronco de la vieja encina, respiró hondo como intentando aliviar lo que le oprimía en el pecho y caminó despacio hacia la senda. Le siguió el científico y lentos los dos caminaron por la pequeña torrentera entre los dos arroyos, dirección a la cerrada entre rocas en el arroyo que bajaba de Fuenteliria. Dijo de nuevo el pastor, según avanzaba delante del científico y sin detener sus pasos:

- De aquella experiencia y de otras después, he ido aprendiendo poco a poco en esta vida. Y entre otras muchas cosas que ahora sé, tengo claro que hasta los mejores amigos se nos van, en algún momento, de nuestro lado. Y del dolor que estos trances dejan, he concluido por mi cuenta que en algún lugar del Universo ha de existir un cielo y un Dios grande y bueno. De ningún modo pueden morir y desaparecer para siempre las personas, seres y cosas buenas y bellas que en esta vida hemos conocido y amado. Dios tiene que existir aunque solo sea por la necesidad de que eternamente perdure esto que he dicho.

Nada argumentó el científico a las palabras y reflexiones que el pastor hacía mientras caminaban. Aunque sí estaba ya a punto de preguntarle algo, cuando fue interrumpido por la recia voz de su compañero que habló otra vez preguntando:

- ¿Y sabe usted qué le digo?

- Dime que te escucho interesado. ¿Qué es lo que quieres decirme?

- Que a lo largo de mi vida, también he descubierto que no sirve de nada ir de aquí para allá buscando sitios y situaciones nuevas donde encontrar la felicidad. La felicidad en este suelo es puro espejismo. De todo e incluso de las personas queridas, nos cansamos después de un tiempo y hasta comprobamos que en ninguno de estos sitios o personas está la dicha que buscamos. Es inútil cambiar de sitio o buscar lugares nuevos con el fin de hallar la dicha que nos falta. Al poco tiempo de vivir en un lugar, nos cansamos y descubrimos que la esencia que estamos buscando, tampoco se encuentra ahí.

Guardó silencio el pastor y de nuevo el científico sintió la necesidad de hacerle algunas preguntas. Pero justo en estos momentos, siguiendo la sendilla y arroyuelo

arriba, comenzaban a caminar por los primeros metros de la bonita cerrada de Fuenteliria.

VII- A la izquierda de ellos, según avanzaban, apareció una inclinada pared rocosa. Un bonito y a la vez impresionante tajo que las aguas del arroyo y a lo largo del tiempo, habían tallado en la pura roca de la montaña. Por su derecha, el terreno se configuraba como una suave torrentera que ascendía hacia la alta colina que también por este lado coronaba. Al descubrir el científico la dorada pared rocosa de la cerrada por la izquierda, la observó muy interesado. Y más interesado se mostró en los caracteres que descubrió tallados en la roca. Preguntó al pastor:
- Y estos signos que aquí veo ¿qué son y qué misterio encierran?
- Yo no lo sé, señor. A lo largo del tiempo que por aquí viví de pequeño y en mi juventud, muchas veces los vi y otras tantas veces pregunté a mis padres y conocidos y nunca nadie supo darme razones lógicas. Al parecer son signos de un idioma desconocido y por eso no se sabe cuál es el mensaje que transmiten. ¿Usted los entiende?

Con mucho interés y fijamente el científico clavaba sus ojos en los signos que en la pared aparecían tallados. Sacó un papel de su bolsillo y con paciencia comenzó a copiarlos lentamente. Detuvo el pastor sus pasos y aprovechó para aclararle al científico:
- El otro mensaje que también hay escrito en esta misma pared y casi a la altura nuestra, sí lo conozco bien porque es obra mía. Al poco de morir mi perra de agua, un día busqué una piedra de pedernal, rompiéndola con otra piedra, le saqué punta y con este

punzón, tallé en esta pared rocosa lo que usted puede leer sin problemas.
Y el científico leyó: “Un día menos me queda”. Intrigado preguntó al pastor:
- ¿Qué significado tiene este mensaje tuyo?
- Lo sé muy bien y se lo revelaré a usted al final de la ruta que estamos haciendo.
- ¿Por qué al final y no ahora?
- Porque usted tendrá que oír y ver bastantes cosas más de las que por aquí y de mí ha oído y visto. Será entonces cuando entenderá con toda claridad lo que ahora me pregunta y le sería difícil comprender, por muy claramente que yo se lo explique.

VIII- Después de que el científico tomara nota en su papel de los enigmáticos signos que en la pared rocosa se veían, el pastor le preguntó:
- Y usted señor ¿entiende el significado de estos textos?
- Algo sí lo entiendo aunque es un idioma muy complejo. Pero lo mismo que tú me has dicho, te digo yo ahora: te revelaré algo del mensaje que estos escritos encierran cuando lleguemos al final del camino que recorremos.
Y el pastor no hizo ningún comentario.

Siguieron caminando arroyuelo arriba, ahora el pequeño cauce que bajaba desde el manantial de Fuenteliria y cinco minutos después, rozaban las verdes matas de mastranzo que por el terreno crecían. Por eso, según se acercaban, el airecillo les regalaba un muy agradable aroma, fresco y limpio. Miraba el científico cada vez más emocionado e interesado, no solo al frente sino al lado de la izquierda y para la ladera de la derecha. Y descubrió que por la umbría de la izquierda, la senda remontaba como siguiendo una valla de monte y piedras. Intrigado preguntó al pastor:
- ¿Por qué desde este lugar la senda se eleva por ahí?

- Va derecha a unas casas que hubo en lo alto. Y por ese lado, usted ya no lo verá ahora pero es donde crecían las higueras y se extendían las tierrecillas que mis amigos cultivaban y sembraban en aquellos tiempos.
- ¿Hubo por ahí huertos?
- Muy fértiles y donde crecían abundantes y hermosos árboles frutales.
- ¿Y qué fue de ellos?
- La historia y algunas personas lo borraron de estos lugares.
- ¿Qué personas y qué historia?
- Se lo cuento enseguida.

Llegaron a donde manaba un chorrillo de agua clara que se remansaba en un redondeo charco. Apartó el pastor la juncia, los mastranzos y los juncos y al borde del charco pidió al científico que se sentara. La hizo caso y junto a él se sentó también el pastor, metió sus manos en el fresco y transparente líquido y mirando para la senda que subía por la ladera de enfrente, dijo al científico:
- Le comenté que a lo largo de mi vida no tuve muchos amigos pero sí de pequeño y luego según crecía, conocí por aquí a bastantes personas. Entre ellas, a un joven mayor que yo que vivía y cuidaba de su rebaño de ovejas en las casas que había en lo alto de la loma. Cuidaba el hombre a sus animales y cultivaba un trozo de tierra en las laderas y valle de las huertas. Cuando me encontraba con él por estos campos siempre me decía: “Nunca le tomes cariño a nada ni a nadie”. Y yo le preguntaba: “¿Y eso por qué?” “Porque todas las cosas y personas, más tarde y más temprano, se van de nuestro lado y eso te partirá el corazón. La tristeza se instalará en tu alma y llorarás cuando lo que amas se te muera o se marche a otro lugar. Y no dormirás por las

noches y te sentirás solo y desconsolado cuando notes el vacío de las personas o las cosas que se fueron para siempre de tu vida”.

No comprendía yo entonces el significado ni la verdad profunda que había en las palabras que mi amigo pronunciaba. Pero un día de primavera, al salir el sol, lo vi solo caminando por estos campos. Había bajado desde las casas en lo alto de la loma y llevaba en sus manos un corderillo blanco y muy bello. Descendió por la senda de la solana de la encina y al llegar al arroyo preguntó a unos hombres que por ahí conocía:

- ¿Dónde puedo dar de beber a este corderillo mío tan bello, el último animal vivo que me queda de mi gran rebaño de ovejas?

- Este arroyo y el de Fuenteliria y la fuente misma, tienen sus hilos de agua buena y clara como siempre.

- Querréis decir tenían.

- ¿Cómo que tenían?

- Mirad el agua de este arroyo y olerla.

Miraron aquellos hombre a la corriente del arroyo y entonces se dieron cuenta que estaba, no solo turbia sino que olía mal. Asombrados preguntaron:

- ¿Qué ha pasado o está pasando?

- Eso es lo que yo quisiera saber y por eso también os he preguntado dónde puedo dar de beber a este último corderillo que me queda.

- Pues nosotros no lo sabemos. Sigue buscando y cuando encuentres o sepas la causa de lo que por aquí ahora está pasando, vuelves y nos lo dices.

Con su corderillo en los brazos, mi amigo caminó por la senda que discurre pegado al arroyo de la encina. Buscaba él un manantial por ahí y al no encontrarlo se vino derecho a esta fuente. Cuando llegó

se arrodilló al borde de las aguas, bebió y dio también de beber a su corderillo. Y fue justo cuando el animalico bebía, cuando mi amigo notó que el agua de esta fuente brotaba turbia. Se sorprendió y más se preocupó cuando a su olfato llegó el fuerte y agrio olor. Apartó rápido su cordero del manantial y él mismo también se retiró. Se dijo: “No entiendo lo que está pasando con el agua de estos arroyos y manantiales. Siempre han sido limpias y sabrosas y ahora, todas están turbias y huelen mal. ¡Qué extraño me resulta esto!”
Y en ese momento, mi amigo sintió un fuerte dolor en el vientre. Miró y vio que su corderillo se movía como borracho. Y fue a cogerlo cuando se cayó al suelo. Junto al cordero y entre estos juncos y mastranzos, los dos al instante se quedaron muertos.

Interrumpió el pastor su relato porque en la garganta se le formó como un nudo que le impedía hablar. Tragó saliva, emitió como un lastimero jipido y se llevó sus manos a las mejillas. Con sus dedos, de la cara apartó unas lágrimas que por las mejillas le corrían al tiempo que triste, miró de frente al científico. Se estremeció éste conmovido por el dolor que intuía en el corazón del pastor. Le preguntó:
- ¿Supiste tú después, en algún momento, qué fue lo que a tu amigo y a su cordero le pasó?
Y el pastor, tragó saliva de nuevo y dijo:
- Lo supe y esta es una de las razones por la que estoy acompañando a usted por estos lugares.
- ¿Qué razón es esa?
- Luego más adelante se la aclararé con todo los detalles. Ahora, observe usted muy despacio todo lo que por este rincón de Fuenteliria hay. Puede ver que aun por aquí sigue brotando un interesante borbotón de agua. Y hasta parece clara y fresca y ya no huele como en aquellos días. Pero antes del accidente de mi amigo

y su corderillo, toda la vida de Dios y desde que yo había conocido este manantial, por aquí solo había vida, verde y fresco. Desde las casas en lo alto de la loma, las personas bajaban a por agua a este venero. Y decían que era la más buena y sana que había en todas las montañas de Granada. A este manantial acudían a beber todas las aves silvestres de estos campos. También las manadas de ovejas y cabras y los hombres con sus borriquillos para llevar agua a sus casas.

Pocos días después de la muerte de mi amigo, también enfermaron muchas personas de las casas en la loma. Se secaron árboles y plantas en los huertos que había al lado de arriba y se murieron animales, aves y fresnos. Fue entonces cuando a ese lado del arroyo, hicieron el pozo que usted ve ahí. Decían las personas:
- Puede que el agua de este pozo salga limpia y buena y no tenga contaminación como sí la fuente.
Pero el agua que empezó a salir en el pozo, tampoco estaba clara ni sabía a sana. Así que las personas, las pocas que aun por aquí todavía resistían con algunas energías y esperanzas, se fueron marchando. A Granada, algunos, al barrio del Albaicín, otros y a pueblos y ciudades lejanas, los que podían y tenían medios para ello. Fue por aquellos días cuando mi madre también enfermó y al poco murió.
En este momento, el pastor acarició con sus dedos la pequeña cruz de oro que colgaba de su cuello. Al ver el gesto el científico, deseó preguntarle el origen y qué significaba para él esta peculiar joya pero no dijo nada. Dejó que su compañero siguiera con el relato y éste continuó aclarando:
- Y no muchos días más tarde de la muerte de mi madre, un bonito amanecer y después de una extraña noche de tormentas, mi padre también voló al cielo. Se lo contaré yo a usted en su momento. Por aquellas

fechas, ya era yo bastante mayor y por eso, con algunas de las familias que se fueron al Albaicín, me marché de aquí. Sin más pertenencias que la vieja ropa que llevaba puesta, mi fe en el cielo y la esperanza de que todo podría irme bien.
Y de nuevo el pastor acarició tiernamente la pequeña cruz que relucía en su pecho.

IX- De nuevo guardó silencio. Lo miraba muy interesado el científico y cuando vio que éste se levantó y se puso en disposición de continuar el camino, lo siguió. Con la decisión de no preguntar nada más sobre las aguas y el manantial de Fuenteliria. Pero antes de cruzar el arroyo para tomar la senda que al frente se veía ascendiendo por la ladera, sí volvió a comentar el pastor:
- Le contaré yo a usted, y también en su momento, dónde por fin encontré mi tesoro personal y de qué modo lo fui acumulando y dónde lo guardo ahora.
Sorprendido el científico por esta revelación y así de repente, dijo al pastor:
- Me gustará mucho saber eso de tu tesoro personal. Quizá me sea útil para completar la investigación que pretendo.
- Puede que sí, señor y mucho más de lo que usted espera.
Palabras enigmáticas del pastor que de nuevo dejó desconcertado al científico.

Según subían ya por la senda de la ladera hacia lo más alto de la loma, a la derecha, comenzó a verse una tosca valla de piedras y monte. Dijo el pastor:
- Al otro lado de esta valla, es donde le dije estaban los huertos y los árboles frutales de donde recogían alimentos aquellas personas. Y mire usted ahora lo que se ve por ahí.

Por el terreno, de apariencia muy fértil y configurado en repisas sujetas con piedras, solo se veían algunos árboles, mucha vegetación baja, zarzas y retamas. Y abajo, donde la ladera de las terrazas moría junto al arroyo en una llanura recogida y bella, se veían troncos de árboles secos y vegetación aun más espesa. Preguntó el científico:

- ¿Y todo lo que vamos viendo, por aquí quedó abandonado?

- Por completo y para siempre.

- ¿Y lo del camino de la fruta, que me contaste?

- Lo recorremos justo ahora mismo.

En esta roca de nuestra izquierda, era donde cada día se ponía el hombre. Bastantes mayor, con pelos y barbas largas y negras y vestido muy pobremente. Tenía él, en la pequeña vega junto al arroyo de la fuente, un número considerable de árboles frutales. Y en la época en que estos árboles daban su cosecha, el hombre madrugaba, de sus árboles cogía la fruta y llenaba un par de cestas de esparto, cargaba con ellas y se venía a esta roca que vemos a nuestra izquierda. Se ponía aquí, como ve a solo unos metros de la senda y a todas las personas que pasaban, les decía:

- Toma, para que te alimentes un poco con esta fruta mía tan buena.

- Pero es que hoy tampoco tengo un solo centavo para pagarte lo que me das.

- Tú no te preocupes por eso. Ahora cómete esta fruta y ya me pagarás cuando puedas. Lo primero es alimentarse y vivir un día más. Después, ya Dios suplirá.

Y las personas le agradecían siempre su sincera generosidad. Algunos, cuando podían, le daban pequeñas monedas, otros, le cuidaban o labraban los

árboles y los que no podían ni una cosa ni la otra, le decían:
- Rezaré al cielo cada día por ti para cuando vayas a ese lugar, Dios te pague todo lo que nos das, con el mejor de todos los paraísos jamás soñados.
- Ni tú ni nadie en esta vida me debéis nada porque esto que hago, me sale del corazón y lo realizo en libertad. Pero sí que es hermoso que reces al cielo cada día por mí. ¿Sabéis vosotros? Yo sí creo en un paraíso lleno de luz, colores, agua y aire fresco donde todos y para siempre, seremos libres y poseeremos la felicidad perfecta que de ningún modo es posible encontrar en este suelo. Por eso, ahora que vivo aquí en esta tierra y entre vosotros, lo que menos me preocupa es tener dinero u otras riquezas materiales. Y lo que sí me interesa mucho, porque en ello creo, es juntar un grupo grande de buenos amigos en el paraíso que estamos diciendo.

Con la boca abierta y muy interesados, todos los que por aquí cogíamos y comíamos la fruta que él nos regalaba, escuchábamos sus sabias y emocionadas palabras. ¿Y sabe usted lo que le digo?
Al oír esta pregunta, el científico se quedó parado, miró fijo a su compañero de camino y a su vez le preguntó:
- ¿Qué es lo que me dices?
- Que cuando aquel hombre de la fruta junto a este camino, hablaba anunciando lo que hace un momento le he comentado, sus palabras parecía prender fuego. Le salían con tanta fuerza y transmitían tanto entusiasmo, que el corazón se aceleraba y el alma se llenaba de ilusión. Por eso todos nos sentíamos orgullosos de aceptar y comernos la fruta que nos regalaba. Y aunque el hombre era tan pobre y aparentaba tan poca cosa, muchos veíamos en él al más sabio, noble y grande de los reyes de esta tierra. Lo considerábamos nuestro

hermano, padre, guía y sabio. Y aun más cosas que yo no sé ahora decirle a usted de palabras.

X- Al llegar el pastor a la altura de la roca donde el hombre de la fruta se ponía a regalarla, se apartó unos metros de la senda, tocó con sus manos la gran piedra clavada en mitad de la ladera y como dominando a Fuenteliria y al valle, de nuevo dijo al científico:

- Cuando todavía mi perra de agua jugaba conmigo, en cuanto podía, siguiéndola a ella, nos veníamos a esta roca para encontrarnos con aquel tan especial hombre. Y ahora recuerdo el cariño tan dulce y amable que él siempre nos daba y las palabras tan bonitas que nos regalaba. Y recuerdo aquel día caluroso del mes de julio. De sus higueras, muy temprano él había cogido bastantes brevas muy maduras. Las colocó muy bien en su cesta de esparto, cubriéndolas con algunas hojas de las mismas higueras y se vino a esta roca. Llegué yo aquel día el primero, acompañado de mi inseparable perra de agua y en cuanto me vio, me saludó con las palabras más amables. Luego me dijo:

- Estas brevas mías hoy no están muy maduras pero es que tanto los mirlos como los gorriones, arrendajos y palomas, las picotean en cuanto las ven un poco blandas. Toma tú y cómete estas cinco o seis mejores que las otras y luego te quedas aquí conmigo que tengo que hablarte de un gran asunto.

- ¿Se trata de un tesoro o de un cuento fantástico como el que me narraste el otro día?

Le pregunté enseguida. Y me respondió:

- Las dos cosas y una tercera aun más hermosa y buena.

A su lado me senté en esta misma roca y mirando al valle de las higueras y para el arroyo de

Fuenteliria, comencé a pelar las brevas y a comérmelas. Y recuerdo ahora que sabían a gloria por la dulcísima miel que destilaban y lo fresquitas que estaban. Mientras emocionado saboreaba estos frutos, él me miraba y vi que su cara irradiaba una felicidad limpia y hermosa como la misma luz del día que nos abrazaba. Nunca en mi vida he visto yo a una persona más feliz y con tanta paz como la que transmitía aquel hombre en aquel momento. Le pregunté:

- ¿Y qué gana usted regalándome a mí y a otras personas esta fruta tan buena cada día?

Me alargó, con mucha amabilidad y afecto, una breva ya pelada y partida en dos mitades al tiempo que respondía a mi pregunta:

- Lo gano todo, hijo mío.

- ¿Qué es todo?

- Un tesoro que no se ve con los ojos de la cara ni tampoco lo pueden robar los ladrones, ni roer la carcoma.

- ¿Qué tesoro es ese y dónde se encuentra?

- Es el tesoro del paraíso del cielo en la eternidad.

Al pronunciar estas palabras, miró triste para el valle de las huertas y para el arroyo de Fuenteliria, permaneció mudo durante unos segundos y como yo no acababa de entender el significado de lo último que me había dicho, no le pregunté de nuevo. Sí él, transcurridos unos segundos otra vez me dijo:

- Como ya habrás visto en el trozo que vida que llevas recorrido, todas las personas en este mundo, luchan y se afanan para alimentarse, tener una casa donde vivir y poseer cuantas más cosas y dinero le sea posible. No es malo esto sino que Dios así nos lo tiene mandado pero la mayoría de las personas en este suelo, se comportan como si no hubiera más vida después de ésta ni otro mundo más allá de esta vida y esto no es

así, hijo mío. Esta vida es solo una mala noche o una fría mañana de invierno que pasa pronto. Al final de la mala noche o la fría mañana, se encuentra y nos espera un bello momento que dura toda la eternidad en un lugar indescriptiblemente bello. Estoy yo por completo convencido de que lo que te digo es cierto y por eso me comporto con todos vosotros del modo en que estás viendo. Porque sé que, no dentro de mucho, voy a marcharme de este suelo y conmigo no puedo llevarme nada de lo que aquí acumule. Pero sí podré llevarme conmigo las buenas cosas que haga ahora a las personas que tengo a mi lado. Este es el tesoro que te decía antes y que poseo y cada día agrando un poco.

Sabes, hijo mío, tú deberías procurar no enamorarte nunca ni de nadie ni de nada en este suelo. Trata siempre con mucho respeto a las personas y darle todo el amor y ternura que puedas pero no les pidas nada ni esperes nada de ellas. Acurrúcate en el cielo y lucha para ir juntando allí la mayor riqueza que puedas. Será tu gran felicidad eterna y el momento en el que te encontrarás con todas aquellas cosas y personas buenas que tu corazón hayas deseado en tus días por este suelo. No hay mayor tesoro que éste en el mundo ni más grande sabiduría en el ser humano.

Terminó de pronunciar estas palabras y otra vez guardó silencio. Mi corazón ardía y mi alma se elevaba en esos momentos. Apuré el último trozo de la breva que me había dado y le pregunté:

- Pero las pequeñas cosas que a mi corta edad ya he amado en este suelo y se me han muerto ¿cómo podré recuperarlas y tenerlas conmigo para siempre?

- Las pequeñas cosas que a todos en la vida se nos van muriendo, serán siempre parte de nosotros y por eso sufrimos cuando las perdemos. Dios así lo quiere para

que descubramos el valor que estas pequeñas cosas tienen. Es una forma de enseñarnos y, al mismo tiempo, prepararnos para el cielo que te vengo diciendo. Nada de lo que de verdad se ama en este suelo, se pierde nunca.

Y con estas palabras, puso punto y final a su charla conmigo aquella mañana. Volví por este mismo sitio dos días más tarde y ya no lo vi en esta piedra sentado regalando sus frutas como sí otros días. Pregunté a los conocidos que vivían en las casas de la loma y ninguno supo decirme qué había sido de él. Sí, igual que yo, lo echaban de menos y sentían pena que de la noche a la mañana, se hubiera ido de por aquí y para siempre. Lo mismo me pasaba a mí pero mi dolor, solo conmigo y el silencio de estos campos, podía compartirlo.

XI- Se levantó el viejo pastor de la roca donde se había sentado y pidió al científico continuar el camino. Éste, como mostrando un profundo respeto por todo lo que su compañero le contaba, lo siguió en silencio. Con muchas ganas de preguntar no solo una sino mil cosas pero algo en su interior le obligaba considerar como sagrado la narración que le había regalado el viejo pastor. Por la pequeña senda, se pusieron en marcha hacia lo más alto de la loma y después de unos minutos caminando y cuando ya estaban cerca de las ruinas de las casas, el pastor detuvo sus pasos. Miró para la ladera de las huertas y las higueras, suspiró y al poco dijo al científico:

- ¿Y sabe usted lo que también le digo?

- Ni siquiera puedo imaginarlo.

- Pues que ya en aquellos momentos y después lo he confirmado más, comencé a descubrir el gran valor que tiene en nuestras vidas el agua.

A esta nueva revelación del pastor, tampoco hizo ningún comentario el científico. Siguió en su silencio y ahora sí esperaba que el hombre que le guiaba por estos lugares, desarrollara más lo que le había revelado. Pero el pastor, no comentó nada más de este tema. Con la cabeza agachada para que su compañero no descubriera las lágrimas que de vez en cuando le brotaban de los ojos, continuó marcando los pasos. No tardaron en encontrarse atravesando las ruinas de las casas. Trozos de paredes de tierra y piedras, grandes fragmentos de troncos, tejas de barro cocido casi todas rotas y hasta algún que otro rústico utensilio de hierro. Por el lado derecho de este sembrado de ruinas, discurría la senda y por ahí siguieron avanzando. Volcando en algún tramo para la ladera de las terrazas y los huertos y, en otros trayectos, enfilaba derecha como hacia el centro de lo que tiempos atrás había sido el corazón de este pequeño núcleo de viviendas.

Dijo el pastor:
- Al poco tiempo de marcharme de aquí, volví por estos lugares algunas tardes. Y los primeros días, siempre que recorría esta senda y pisaba estas tierras, el corazón se me rompía por los recuerdos que en mi mente se agolpaban. Y todo cuanto pisaba y mis ojos recorrían, me dolía. Porque por aquí solo encontraba silencio, soledad, como un inmenso mundo muerto, bañado de sol y profunda quietud. Y pasado algún tiempo, como todavía seguía viniendo por aquí de tarde en tarde, a pesar de la tristeza que siempre experimentaba, lo que más me dolía era no encontrarme nunca a nadie por estos lugares. Ni un pastor ni un anciano que fuera o viniera a las huertas ni una mujer lavando la ropa en los charcos del arroyo ni los niños

entretenido en sus juegos. Todo solitario, triste y vacío pero cuajado de recuerdos cada día para mí más amargos.

Preguntó el científico:

- Si tanto te dolía y te fue doliendo la visión de estos lugares ¿por qué volvías?

- Tenía y tengo que volver. No sé explicárselo yo a usted pero es como una gran necesidad vital. Tengo que volver de tarde en tarde para recorrer estas sendas en solitario aunque sepa que no voy a encontrarme a ningún niño jugando. Y sé cierto que ya en ningún momento voy a encontrar aquello que fue tan hermoso para mí cuando era pequeño. Pero dígame usted ¿qué puedo hacer yo en el trozo de vida que me queda si no vuelvo de vez en cuando por aquí y saboreo la soledad desde la más amarga tristeza?

XII- **La tormenta**

Antes de llegar a lo más alto de la loma, de pronto, el científico preguntó:

- A lo mejor para ti es un trago más y también doloroso pero me gustaría saberlo: ¿Te atreves y me cuentas cómo fue la muerte de tu padre?

Y el pastor, sin responder nada, dejó de caminar por la senda, se desvió para el lado izquierdo y, por entre casquetes de tejas, piedras, algunas maderas y trozos de paredes, avanzó. Al poco llegó al borde de la colina, por entre el sol de la mañana y la puesta al caer la tarde. Se paró en lo que era una pequeña llanura que se abría hacia un paisaje muy amplio, con grandes montañas al fondo, el surco de un caudaloso río y, a la derecha y más próximo al sol de la tarde, se elevaba una puntiaguda montaña. Desde este rellano el pastor miró durante un rato, respiró hondo y en silencio y luego preguntó al científico:

- ¿Ve usted ese gran río que ahí en lo hondo corre y se aleja?
- Claro que lo veo.
- ¿Y se da cuenta usted de la altísimo montaña que tenemos a nuestra derecha y es donde el gran río nace?
- La estoy observando y me asombra tanto su figura como la altura que presenta. ¿Vamos nosotros a remontar esta cumbre?
- No vamos a remontarla porque para usted sería muy duro y para mí, más que doloroso.
- ¿Y eso por qué?
Y el pastor, con calma y cuidando cada detalle, explicó al científico:

- Cuando ya los últimos días habían llegado por aquí y al poco de morir mi madre, los pastores de estas montañas y entre ellos mi padre, juntaron sus rebaños para ver si de este modo salvaban las ovejas que aun les quedaban. Durante unas horas recorrieron las sendas y paisajes en busca de nuevos pastos. Se acercó la noche y por el cielo se acumularon las nubes. Estallaron los truenos y los pastores, preocupados por sus animales, los refugiaron en unas grandes covachas que se abrían en ese barranco no lejos del río. Junto a sus ovejas se guarecieron ellos y charlaban entre sí, cuando la tormenta comenzó a descargar con toda su fuerza. Retumbaron los truenos por estos barrancos y brillaron los relámpagos y las lluvias caían a chorros por todos estos campos.

Y ellos pensaban que estaban seguros y también sus animales cuando, desde esa gran montaña puntiaguda, bajó una tromba de agua gigantesca. Anegó todas las covachas y se llevó por delante, río abajo, todas las ovejas que ahí había refugiadas. Los pastores, se salvaron porque salieron a tiempo de las covachas y

buscaron otro refugio en las partes altas. Ahí siguieron acurrucados hasta que amaneció. Y cuando las primeras luces del nuevo día llegaron, el primero en salir del refugio, fue mi padre. Les dijo a los compañeros:
- Voy a ver si aun puedo salvar alguna oveja.
Se acercó a las covachas y en ese momento, otra ola gigante bajó por el río cogiéndolo por delante. Ni siquiera tuvo tiempo de llamar a los compañeros. La corriente lo arrastró y río abajo se lo llevó para siempre.

Cuando unas horas más tarde los demás pastores difundieron la noticia por todos estos lugares, lo único que a mí se me ocurrió fue correr y subir a lo más alto de esta montaña que tenemos a la derecha. En mi corazón creía que desde estas alturas iba a ver a mi padre refugiado o agarrado al tronco de algún árbol flotando en las aguas del río. Mucho me costó remontar hasta lo más alto de esta cumbre pero cuando por fin lo conseguí, desde ahí miré durante mucho rato y lo único que pude ver, fue el gran surco del río, abierto como un mar sin límites y las turbias aguas que aun bajaban por las laderas de esta montaña. Intuía que mi padre estaba por ahí y aunque miré y lo llamé, fue todo inútil. Tenía que serlo porque desde la cumbre de esta montaña era imposible ver lo que pretendía. Lo sabía pero, al mismo tiempo, algo me empujaba a llevar a cabo lo que estaba haciendo. Me comportaba como si la gran altura de esta montaña, me acercara más y más al cielo donde también intuía, se había ido mi padre. Desde entonces yo, considero a esta cumbre la culpable de la muerte de mi padre al mismo tiempo que también, el lugar desde donde voló al paraíso en el que creo.

XIII- Al concluir el pastor este relato, guardó silencio, se volvió para atrás, por entre las ruinas de las casas buscó de nuevo la senda y, ya en todo lo alto de

la colina, siguiendo el caminillo, se vinieron más para el lado de la derecha. Al poco, se tropezaron con el arroyo y ahora sí dijo el pastor:
- Aquí mismo, donde usted ve estos tres verdes árboles, brotaba el primer manantial de este arroyo. Y casi en el mismo manantial, construyeron el molino. No le puedo decir yo a usted en qué fecha fue eso pero sí que yo lo conocí desde pequeño. Y una de las cosas que nunca podré olvidar, es la vida, el olor el ruido que siempre envolvía a este molino. Cada vez que yo venía por aquí, veía a las personas yendo y viniendo, ocupados en la moliendo del trigo, cebada o garbanzos y, en la época de la recogida de la aceituna, extrayendo el aceite de estos frutos.

Este molino era propiedad de una muy buena familia que vivía en unas de las casas que hemos visto en ruinas. No había, en todos estos contornos, personas más amables y bondadosas que ellos. Las personas venían por aquí, trituraban sus semillas o aceitunas y luego se llevaban la harina o el aceite. Le dejaban una pequeña parte al dueño del molino y estos se lo vendían a otras personas que lo necesitaban y de este modo todos iban viviendo. ¿Pero sabe usted lo que sucedió un día?
Miró el científico al pastor y sin pronunciar palabras, esperó a que éste ofreciera una respuesta a la pregunta que había formulado. Y lo hizo de esta manera:
- Un día, los hombres que con frecuencia venían a este molino a triturar sus semillas, se lo encontraron cerrado. Llamaron a las puertas y dieron voces pero nadie daba señales de vida. Pensaron que le había pasado algo a la familia dueña de este pequeño molino y, después de comentar entre ellos bastantes cosas, regresaron a sus casas con los granos sin moler. Preguntaron a unos y otros y volvieron al día siguiente y al otro pero seguían

encontrando cerradas esta fábrica de harina y aceite. Pasaron los días y entonces se supo que esta familia se había marchado no a Granada sino a otros sitios lejanos. Crecieron las zarzas en las paredes y alrededor de este edificio y poco a poco se fue desmoronando. También volvía yo por aquí alguna vez que otra y cuando veía las ruinas de este edificio y todo vacío y solitario, me entraban ganas de llorar. ¡Qué malos ratos y qué amargo me resultaba hasta en aire que en esos momentos respiraba! Porque no podía comprender cómo las cosas suceden de esta manera ni tampoco aceptaba que se hubiera marchado aquella familia y para siempre. Ya sabe usted: nos acostumbramos a veces, a vivir de un modo concreto y cuando, por el paso del tiempo o por lo que sea, cambia algo, nos cuesta mucho hacernos a lo nuevo. Y cuando lo que se ha perdido fue puro y bello, más aun nos cuesta adaptamos a las nuevas circunstancias.

XIV- Al terminar esta reflexión, el pastor dejó de hablar. Ojeaba el científico cada trozo de piedra y pared en ruinas y también anotaba en el pequeño cuaderno que en ningún momento soltaba. Y como había hecho en otros momentos, de nuevo mostraba gran respeto por el dolor en el corazón del pastor. Dejó que pasara unos minutos y antes de seguir el camino, le preguntó:
- ¿Y por qué llamabais a este molino “del Avellano”?
- Usted ya no lo ve pero ahí mismo, donde manan las aguas y por la acequia que conducía estas aguas a la maquinaria del molino, crecían varios de estos árboles. Hermosos como no había otros en todo el reino de Granada. Y como nos resultaban tan especialmente bellos y amigos nuestros, nadie de estos contornos cogía nunca una avellana de estos árboles. Siempre dejaban que maduraran y siempre disfrutábamos mucho viendo a las ardillas saltando por la ramas para

comérselas y lo mismo con los arrendajos y los pájaros carpinteros.

Aquí mismo, a solo unos metros de la puerta que daba acceso al interior del molino, crecía el más viejo de aquellos avellanos. En sus ramas bajas y gruesas, cada año hacía el nido un mirlo. Los dos niños, ella y él, hijos de la familia del molino, seguían con interés todas las aventuras de aquellas aves y su nido. Cada día lo visitaban un par de veces hasta que las nuevas avecillas, comenzaban a volar y se marchaban con los padres. Y entonces, aquellos dos niños, los mejores amigos que de pequeño tuve por aquí ¿sabe usted lo que hicieron?
- A todos los niños del mundo se les ocurren cosas muy curiosas, siempre inocentes pero que en muchas ocasiones desconciertan. ¿Qué fue lo que hicieron estos dos tan buenos amigos tuyos?
- Dejaron el nido en la misma rama del avellano y cuando las avellanas de aquel año maduraron, las que desde el arbusto se caían al suelo, ellos las recogían y las guardaban en el nido. “Para que a las ardillas, cuando llegue el invierno y aparezcan los hielos, no les falten alimentos”. Decían.

Y un año, recogieron tantas avellanas que el nido de pasto y barro, rebosó y no tardaron en descubrirlas las ardillas mucho antes de que los fríos llegaran. Saltaron por las ramas, se acercaron al nido colmado de avellanas, las cogieron y se las llevaron. Al verlas los niños, felices como pocos niños haya nunca en este suelo, emocionados se decían:
- Ahora ya tenemos más amigos en este molino nuestro. Estas ardillas tan graciosas e inteligentes, seguro que cuando nos vean aparecer por donde viven, no se

asustarán porque se habrán dado cuenta que las cuidamos y no queremos hacerles daño.
Al ver y oír estas cosas las personas que acudían a este molino, entre sí y con el padre de los niños, comentaban:
- Son ingeniosos estos críos pero alguien debería prohibirles ciertos comportamientos.
Algo sorprendido el padre preguntaba:
- ¿Qué es lo que vosotros veis que yo debo prohibirle a mis hijos?
- Por ejemplo, que no gasten tanto tiempo en juegos tan insignificantes y sin provecho.

Y a estos comentarios, el padre siempre respondía:
- ¿Sabéis vosotros qué es lo que pienso?
- ¿Qué es lo que piensas?
- Que prohibir, encauzar o reprimir a las personas para que hagan o sean lo que quiera yo, no debería estar permitido.
- ¿Y eso por qué?
- Porque cada persona tiene derecho a ser y expresarse según su mundo interno. El único camino a la verdadera libertad y gozo interior de cada uno. Si yo prohíbo, quizá consiga que los otros hagan lo que me guste a mí pero eso, al fin y al cabo, ¿para qué sirve? Muchas veces, solo para sentirme bien yo pero no para resolver los problemas ni abrir caminos nuevos hacia mundos distintos y quizá mejores que los que conocemos y vivimos.

Y las personas que con el padre hablaban estos asuntos, al oírlo reflexionar de este modo, se quedaban sin argumentos. Y debo confesarle, señor, que hasta yo mismo, a pesar de que por aquellos días todavía era pequeño, aprendía mucho de aquel hombre.

En el fondo de mi corazón, intuía que él tenía mucha razón. Y esto, pasado el tiempo, las personas, los hechos y la vida, me lo han ido confirmando. Por eso nunca me olvidé yo de aquellos niños ni de sus padres. Me enseñaron y me dieron lo que nunca nada ni nadie, después. Así que ya sabe usted el por qué este molino siempre le hemos llamado del avellano.

XV- Era ya media mañana y el sol se alzaba muy luminoso por encima de las cumbres de Sierra Nevada. El pastor, después de narrar al científico algunos de los recuerdos de sus años de niño y joven por estos lugares, guardó silencio y frente a las ruinas y paisajes de lo que en otros tiempos fue un rincón lleno de vida, estuvo mirando durante un buen rato. Ahora sin decir nada, cosa que intrigaba más al científico. Por eso, para sí y este buscador de tesoros, se preguntaba: "¿Qué será lo que por el corazón y alma de este hombre, pasa cada vez que se para, mira en silencio y no cuenta nada? Me gustaría saberlo pero también comprendo que será algo tan íntimo y elevado, que debo respetarlo por lo que de sagrado hay en ello. Pero intuyo que debe ser maravilloso lo que por el corazón y alma de este hombre se aviva y grita y ahí se queda en su mundo".

Dio media vuelta el pastor y sin pronunciar palabra, volvió a indicar al científico que debían continuar la marcha. Frente a ellos y cerca, ahora se ve veía el surco de un arroyuelo, colmado con un buen caudal de agua muy clara. Lo siguieron durante unos metros hasta que se encontraron con unos olivos y bajo ellos, cinco o seis bloques de piedra tallada en forma rectangular. Uno de estos bloques, se veía casi al borde de las aguas del arroyuelo y los otros, bajo las ramas de

los olivos y a la sombra de algunos álamos. Preguntó el científico:
- ¿De dónde proceden estas piedras y qué historia tienen?
Aclaró el pastor:
- ¿Ve usted aquella montaña que se alza imponente a nuestra derecha y coronada por el sol que en todo lo alto centellea?

Miró el científico para el levante, lugar por donde también se alzaban las altas cumbres de Sierra Nevada y después de un buen rato en silencio, respondió:
- Desde que comenzamos a recorrer este camino, me viene intrigando la robusta figura de esa impresiona montaña. Y hasta me he preguntado si en algún momento de este recorrido nuestro, vamos a escalarla. ¿Qué hay en esa montaña que tú sepas y puedas revelarme?
- Mucha belleza, señor y también mucho asombro, silencio, misterio, dolor y gozo.
- ¿Vas a revelarme algo de todo esto?
Y el pastor, parándose junto a uno de los grandes bloques de piedra tallada, miró fijo a la montaña rocosa y bañada por el sol del día que avanzaba, dijo al científico:

La montaña del sol

XVI- Aquella mañana del mes de agosto, se abría muy luminosa. Serena por completo, con el cielo teñido de azul intenso y con muchos cantos de chicharras a lo largo y ancho de la gran ladera y del valle. Desde su pequeña habitación, en la casita de piedra y casi colgada en la roca de la montaña, ella observaba los paisajes. En silencio y como

transformada por la gran belleza que los paisajes reflejaban. Preguntó a la madre que en aquellos momentos se movía de acá para allá por la casa:
- ¿Qué podría hacer yo para sujetar en el tiempo y conservar para siempre los colores y la luz que ahora mismo irradian estos lugares?
Y la madre, muy sorprendida por la pregunta que la niña le hacía, respondió:
- Si fueras artista y supieras pintar cuadros, podrías dibujar lo que me estás diciendo.
- ¿Y qué hay que hacer para ser artista?
- Creo que lo que tú haces ahora: contemplar las cosas, dejar que el corazón se llene de la luz y belleza que manan de estas cosas y saborearlas lentamente dentro.

No preguntó nada más en aquel momento a la madre. Siguió mirando por la ventana y vio al padre que, con su pequeño rebaño de ovejas, descendía por las veredas hacia el valle. Y comprobó que precisamente esto, aumentaba aun más la asombrosa belleza que la mañana esparcía por los paisajes. Una de las ovejas que iba en el rebaño que guiaba el padre, se apartó de la manada. Desde la distancia ella lo distinguió y por eso, enseguida comprobó que era con la que más continuamente jugaba. Sabía que estaba preñada, ya casi a punto de parir. Dijo de nuevo a la madre:
- Voy corriendo en busca de la oveja mansa para que ni se pierda ni se despeñe por la ladera.

Rápida salió de la casita de piedra, surcó la inclinada ladera por el lado del sol de la mañana y, en lugar de irse derecha a la oveja que se había separado del rebaño, coronó por entre las rocas hasta lo más alto. Caminó como por una estrecha trinchera justo en todo lo alto de la cumbre, con la intención de asomarse al precipicio para ver por qué parte de la ladera se movía

la oveja mansa. En ese momento, el sol brillaba en la mitad el cielo de la mañana y derramaba su mejor luz justo sobre la alta cumbre que la joven coronaba. Por eso, desde la casa, la madre la descubrió y algo en su corazón tembló. Quiso llamarla para pedirle que tuviera cuidado pero sabía que no podía oírla por la gran distancia.

Cuando ya la niña terminó de coronar al filo de la roca comienzo del gran precipicio, se asomó un poco más mientras se decía: “Si desde aquí descubro a la oveja mansa que está de parto, llamo a mi padre y le dijo que suba a recogerla”. Pero no le dio tiempo ni a encontrar a la oveja mansa ni al llamar al padre. Su pequeño cuerpo al borde del acantilado, perdió el equilibrio y desde lo más alto, salió volando. Como una mariposa recién venida al mundo. Desde la casa de piedra la madre la vio cayendo al vacío y luego la vio rebotar en las rocas de la ladera y saltando por encima de los árboles. La oveja mansa, al sentir los gritos y verla rodar, se asustó y corrió hacia el rebaño, en el fondo del valle. Detrás de ella trotaba un corderilla muy blanco, aun casi sin fuerzas y por completo desorientado.

Corrió la madre hacia el fondo del valle llamando al padre y llamando a la hija. Cuando llegó por donde el rebaño pastaba y la hierba se extendía en grandes alfombras verdes, se encontró al padre con la niña entre los brazos, mirando a la montaña por donde en esos momentos el sol iluminaba con unos colores y fuerza como nunca se ha visto por aquí. Y desde aquel momento, a lo largo de muchos, muchos años hasta el día de hoy, a esta cumbre siempre se le ha conocido con el nombre de “La Montaña del Sol”.

Por completo impresionado por el relato que el pastor le había contado, el científico preguntó:
- ¿Y qué fue de aquella niña?
- En el rincón más bonito de aquel valle y que se veía claramente desde la ventana de la casa de piedra, los padres la enterraron. Y por todos aquellos contornos, corrió la noticia como la pólvora. Muchas personas, la lloraron en silencio y hasta la soñaban por las noches. Cuando yo conocí esta historia, me impactó, que desde aquel día tengo como estampada en mi pensamiento, la pequeña casita de piedra, el valle con sus ovejas, la alta cumbre rocosa y la imagen de la niña asomada al voladero, besada por el sol y aquel día, tan triste y bello.

Mientras el pastor había ido desgranando este relato, su acompañante el científico, no dejaba de observar la gran montaña que al levante se alzaba. Sobre la cumbre, el sol se reflejaba casi con la misma fuerza y luz que el pastor había descrito en su narración. Movido por la curiosidad, de nuevo preguntó al pastor:
- Claro que es triste y bella la historia que me acabas de contar pero nada me has dicho de estos grandes bloques de piedra que hay aquí, frente a las ruinas del que fue el Molino del Avellano. ¿Qué conexión tienen estas piedras con la pequeña de la Montaña del sol?
- Tienen una gran conexión y también es triste y bella. Voy a contársela yo a usted para que lo sepa.

Donde dieron sepultura a la niña, en el rincón más bello del valle de las lagunas azules, el padre quiso hacer algo especial. Le dijo a la mujer: “Para que nuestra querida hija esté siempre presente por aquí, aunque el tiempo avance”. Y lo primero que hizo fue sembrar tres árboles: un ciprés, un granado y una morera que a la primavera siguiente brotó con mucha fuerza. En solo unos años, crecieron mucho estos tres

árboles y aunque los vientos lo azotaban con fuerza y las nieves del invierno los cubrían, los árboles resistían firmes, verdes y muy fuertes. Especialmente la morera que se cubría de grandes hojas verdes en primavera y verano y derramaba su sombra sobre la tierra donde dormía la mariposa del valle. A este árbol y al granado, en primavera acudían muchos pájaros en busca de los frutos que de las ramas colgaban y esto, llenaba el aire de una música especial en el centro del hondo silencio del valle.

Mientras tanto, ayudado por algunos amigos suyos, el padre cortaba pequeños y grandes bloques de las rocas en la cumbre de la montaña. Abrió cimientos cerca de la tumba de la niña y comenzó a colocar los bloques de piedra tallados hasta levantar una pequeña construcción. Un oratorio para refugiarse en las noches frías del invierno y en los calurosos días del verano y estar de este modo cerca de donde dormía su niña y rezar al cielo por ella. Le decía a la esposa: “Ahora no podemos oír su voz ni ver su cara ni observar el brillo de sus ojos cuando contemplaba los paisajes pero eso no quita que la tengamos en nuestros corazones y elevemos oraciones por ella al cielo. Para que allí en su paraíso, Dios nos la guarde y nos la entregue el día que a ese lugar lleguemos”.

La pequeña pero bonita construcción de bloques de piedras talladas, se alzó robusta y muy hermosa. Junto a los tres árboles y la tumba de la niña y frente a la alta cumbre y el sol de la mañana, con el fondo de Sierra Nevada algo más lejos. Pasó el tiempo y los padres de aquella niña murieron, se desmoronó casi por completo la casita de piedra en la ladera de la montaña pero los tres árboles no se secaban. En las

azules aguas de una pequeña laguna, se reflejaban al salir el sol cada día y al atardecer en verano.

Un día, algunos de los arquitectos que por aquellos tiempos trabajaban en la construcción la Alhambra y a las órdenes de los reyes, vinieron por estos lugares, recorrieron la montaña del sol y al llegar al valle de la tumba de la niña, se fijaron en la construcción de piedras talladas que el padre había regalado a su niña. Uno de los arquitectos, al ver los magníficos bloques de piedra y tan primorosamente trabajados, dijo:

- Estas piezas son las que necesitamos para la construcción que en la Alhambra estamos levantando. Que se den las órdenes pertinentes y que parte de estas piedras sean llevadas hasta aquellos palacios.

Al día siguiente, derribaron la pequeña construcción y acto seguido, se llevaron las mejores piedras, algunas pequeñas y otras no tanto. Tres de aquellos bloques, los más grandes, rectangulares y que el padre había puesto muy cerca de la tumba de su niña, los dejaron por aquí esparcidos, no lejos de la azul laguna y del lugar donde dormía el ángel.

Al enterarse los dueños de este molino del Avellano y otras familias amigas, de lo ocurrido en la construcción del oratorio del valle, se enfadaron mucho. El dueño del molino dijo:

- Tenemos que hacer algo para que no se pierda por completo el recuerdo de aquella hermosa niña y los momentos de amor que para ella tuvo el padre.

Y los vecinos dijeron:

- Estamos a tu disposición para ayudarte en lo que necesites y nosotros podamos.

Al día siguiente subieron al valle, prepararon los grandes bloques de piedras talladas, con bestias y palos

los arrastraron y después de mucho esfuerzo y bastantes días, lograron traerlos hasta este lugar. Y aquí, no lejos del molino y cerca de este arroyuelo y entre estos olivos, los colocaron diciendo:
- Para que todo el que venga por estos lugares, pueda sentarse en estos bloques de rocas casi sagrados. Y para que, si también quiere y su corazón se lo pide, desde aquí observe la cumbre del la Montaña del Sol y en silencio rece una oración por aquella niña y por los padres que tanto amor le dieron.

Y el científico, al concluir el pastor esta narración, dio unos pasos, se acercó al primer bloque de piedra, justo al lado del olivo más viejo, se sentó frente a la alta montaña de rocas y en silencio, miró conteniendo el aliento. A su lado se sentó el pastor y muy quedamente le dijo:
- ¿Y sabe usted, señor? Cuando yo de pequeño recorría estos lugares con la bonita perra de agua de la que ya le he hablado, en más de una ocasión, al pasar por aquel valle de las alfombras de hierba y los pequeños lagos azules, me sentía muy atraído por el lugar donde estuvo la construcción de los bloques de piedra y crecían los tres árboles. Todavía siguen allí clavados en la tierra, como guardianes de aquella niña y reflejo de las oraciones que el padre elevó por ella al cielo. En más de una ocasión, en mis visitas a ese valle, procuraba que la noche se me echara encima y sin miedo ninguno, al lado de algunas rocas que por allí aun hay y no lejos de los árboles, me recostaba para pasar la noche. Y se lo aseguro: siempre esas noches y el sueño que en ese rincón he disfrutado, han sido para mí la experiencia más dulce, relajada y placentera que he vivido a lo largo de los días que tengo.

El rumor del aire al pasar por entre las hojas de la vieja morera, el aroma de la hierba fresca por toda aquel valle, las azules aguas de las pequeñas lagunas y la luna reflejada en ellas, el canto de los grillos y el hondo silencio de esos hermosísimo paisajes, no tienen comparación con nada en este suelo. Ni siquiera los maravillosos palacios de la Alhambra, sus jardines y fuentes, superan en belleza y eternidad a estos lugares. Por eso, cuando usted quiera y si tiene tiempo, un día vamos a este valle para quedarnos a dormir y así comprobar si es cierto o no lo que le estoy diciendo.
Dejó de hablar el pastor. El científico seguía en silencio escuchando sin dejar de mirar a la lejana cumbre de las rocas y el sol. Y el pastor, para sí y en su corazón susurró: "Dios, dueño de todo el Universo, permíteme que un día yo también y en el paraíso que para muchos nos tienes reservado, me encuentre con los padres de aquella niña y con ella misma. Será un gozo inmenso y con nada comparable, poder jugar y correr con ella por los bellos paisajes que desde su casita de piedra, contemplaba en las mañanas de luces purísimas y cielos azules".

XVII- Después de esta sencilla oración en el corazón del pastor, no dijo nada más el científico. En silencio se quedó y dejó que pasara el tiempo mientras también en silencio, el científico observaba a la montaña del sol. La sombra del olivo los arropaba, el rumor de las aguas del arroyuelo los envolvía y algunos pajarillos, de vez en cuando, esparcían sus trinos por todo el rincón. La mañana ya muy avanzada, seguía regalando un cielo azul muy brillante y por completo limpio. Todo, como si a pesar de los lejanos recuerdos que el pastor rumiaba y de las ruinas de casas y lugares, no significara nada. Como si el tiempo y el palpitar natural del Universo,

siguiera su ritmo ajeno por completo a lo ocurrido y vivido por las personas en estos lugares.

Dijo el pastor al científico:
- Ya ve usted: lo que más de mil veces en mi vida he sentido, ahora mismo por aquí casi podemos palparlo.
Sorprendido el científico le preguntó:
- ¿A qué te refieres?
- Cuando las cosas nos golpean en el corazón y los problemas nos abren heridas en las carnes y en el espíritu, siempre creemos que lo que vivimos en ese momento, es único y supera a todo lo creado y conocido. Pero el tiempo sigue su marcha, las personas nacen y mueren y la naturaleza brota y envejece y todo lo nuestro va quedando perdido en un infinito y silencio total. Como si fuéramos menos que una mota de polvo, sin nombre y sin latidos, dentro del grandioso y hondísimo misterio de la Creación. Nada, absolutamente nada significo ni soy yo y sin embargo, al mismo tiempo, sigo teniendo conciencia de que soy casi el corazón real del Universo. Como si no hubiera nada más fuera de mí ni existiera más dolor, sufrimiento, soledad o alegría que la que cada día vivo y experimento. ¿Entiende usted lo que le digo, señor científico?
Y el hombre, mucho más sorprendido que en otros momentos, muy torpemente se atrevió a confesar:
- Creo que no logro a comprender plenamente lo que pretendes decirme pero en mi interior, algo me dice que tus palabras sí encierran una gran verdad. Eres sincero y lo que expresas es muy elevado.

Pasado un buen rato sin pronunciar palabras, el pastor se levantó del bloque de piedra a la sombra del olivo, se apoyó en un pequeño palo de acebuche que llevaba en la mano y comenzó a caminar con la intención de continuar la ruta. Lo siguió el científico y,

durante un buen rato, avanzaron por la senda que ahora, discurría al borde mismo del arroyuelo que llevaba sus aguas hacia el hondo surco de un caudaloso río. Y habrían recorrido ya unos doscientos metros cuando el pastor, al mirar para las aguas del arroyo, dijo a su compañero de camino:
- ¿Y sabe usted qué otra cosa le digo?
Ahora el científico se mantuvo en silencio y dejó que el pastor expresara lo que le había anunciado:
- Que yo pienso que nunca nadie podrá ser feliz si vive el tipo de vida que le impone otras personas.
Y al oír esto, ahora sí el científico preguntó:
- ¿Qué quieres decir con esto?
- Usted mire el agua que salta y desciende por este arroyuelo. Baja libre en busca del río y por sí sola, abre camino, serena a veces, remansándose en charcos y saltando por las cascadas. Si nosotros ahora mismo obligáramos a la corriente de este arroyuelo a cambiar de dirección para que se fuera hacia las partes altas, las aguas se revelarían. Su tendencia natural es bajar y unirse al río y volver al mar. Y esto lo asemejo yo a la vida de las personas. Que cada uno sea libre y responsable del camino que debe recorrer a nuestro paso por este suelo, sin que se nos sea impuesto por nada ni nadie.

Ni una palabra más pronunció ahora el científico. Sí otra vez intuyó que algo hermoso y por completo importante quería mostrarle y por eso se mantuvo expectante. Caminaba ahora a la par del pastor, no detrás ni delante sino a su lado derecho. Siguiendo la senda que en estos momentos, comenzaba a caer por un pronunciado barranco hacia el río. Y según por la senda descendía, por el lado derecho que era también por donde el sol avanzaba desde el levante, se les iba quedando una muy alta montaña. Como

perdida entre algunas brumas y fundida algo con el azul del cielo. Por su lado izquierdo, saltaba la corriente del arroyuelo, desde los olivos de los asientos de piedra y las ruinas del molino del avellano. Pero como al científico le intrigaba ahora, además del silencio que mantenía el pastor, la misteriosa silueta de la cumbre a su derecha, preguntó a su compañero:

- ¿Y el palacio de la niebla que anoche antes de dormir, me decías?

- Justamente señor, en la cumbre que va quedando a nuestra derecha, se alzaba.

- ¿Y qué fue de eso y cómo acabó, si es que lo sabes?

Y el pastor, sin dejar de caminar y tragando saliva le dijo:

- Nunca en mi vida se me ha borrado y, para que esto que hoy vivimos quede bien completo, le cuento algo:

El palacio de la niebla

XVIII- Siendo yo todavía pequeño, ya de joven y ahora de mayor, pasé y sigo recorriendo con frecuencia este camino. Y cuando era pequeño, las primeras veces que pasé por aquí, me impresionaba mucho el palacio sobre esta alta cumbre que se nos va quedando por la derecha. Desde aquí se veía con claridad, la prolongada escalera de piedra que asciende por la montaña, la misteriosa casa blanca ya en lo alto y al final de la escalera y luego la gran fachada del palacio también de piedra color caramelo. Solo esto era lo que desde esta senda se veía. Porque el resto del enigmático palacio, el cuerpo que tenía a continuación de la fachada, siempre estaba tapado por la niebla. Ni siquiera en los días más soleados lograba ver yo de este palacio más trozo que su fachada de piedra, la casa blanca por delante, el rellano donde terminaba la

escalera y esta larga escalera agarrándose a la ladera de la montaña.

Y como al pasar por aquí me impresionaba tanto la visión de todo lo que le he dicho, una vez y otra preguntaba a mi padre:
- ¿Qué es este palacio en lo más alto de la montaña, siempre tapado por la niebla, en silencio y de aspecto tan gigante y misterioso?
Y recuerdo que mi padre, siempre respondía a mi pregunta diciendo:
- Yo nunca he podido saber lo que es este palacio y, menos aun, el misterio que encierra. Según he oído, en este lugar lo construyeron hace mucho tiempo, personas relacionadas con la Alhambra y que lo habitaron durante algún tiempo.
- Y ahora mismo ¿quién vive ahí?
- Tampoco lo sé, hijo mío. Y, aunque también he preguntado a mis conocidos, ellos tienen menos información que yo.
- Y si un día de los que pasamos por aquí, cogemos esta escalera y nos encajamos en aquel edificio blanco que se ve en el rellano de la puerta del palacio ¿qué pasaría?
- A lo mejor no pasa nada pero, por si acaso, mejor es no llevarlo a cabo.

No me dejaban tranquilo las palabras que salían de la boca de mi padre. Por eso, cada vez que seguía pasando por aquí en su compañía y cuando él ya murió, siempre intrigado, miraba y miraba para la fachada de este palacio. Hasta que un día, una tranquila mañana de primavera, vi algo que me llamó mucho la atención. Por este lado derecho de la escalera y aquí donde el terreno ya es llano, una mujer muy bella recogía flores. Vestida con traje largo como de seda y

color azul blanco. En su brazo derecho portaba una muy bonita cesta de mimbre y en ella iba echando las flores que de aquí de allá recogía. Al verla tan hermosa y como fundida con el verde del paisaje y las mil florecilla que con la primavera por aquí habían germinado, me oculté un poco tras el tronco de algunos árboles y, desde la distancia y en silencio la observé muy interesado.

Era de estatura alta, con pelo largo y negro, de cuerpo delgado, cara redonda y manos finas como los pétalos de las flores que iba recogiendo. Caminaba muy despacio por entre la hierba y algunas matas de monte bajo y por momentos me deslumbraba más y más su limpia y fresca belleza. Porque ante mí, el cuadro resultaba fantástico: solitaria en medio de este florido trozo de tierra, con la soberbia imagen del palacio en todo lo alto, la escalera remontando por la ladera, el bosque de árboles a mi derecha y esta senda cayendo por el barranco hacia el valle del río, todo esto me parecía como la visión de un sueño. Esperé paciente, muy concentrado en la elegante figura femenina y después de un rato y ya con muchas flores en su cesta, se vino para este lado de la izquierda. Por entre la hierba y algunos arbustos, mientras seguía cortando las flores más frescas, avanzó hasta que se me perdió como detrás de la montaña que sostenía al misterioso palacio.

Durante unos minutos, seguí oculto en los árboles, intentando adivinar quién era y por qué andaba por aquí cortando flores y luego me fui, llevándome estampada en mi mente la bonita imagen de esta joven. Por eso, cuando unos días después volví a pasar por este mismo sitio, lo que más deseaba era volver a ver. Y tanto lo deseaba que venía dispuesto presentarme ante

ella, saludarla y preguntarle. Me decía: “Lo primero que voy a preguntarle es si vive en el palacio de la niebla. Y en caso de que me diga que sí, la segunda pregunta que le haré es si ella es princesa, reina o dueña de este palacio”.

Y aquel día, también por la mañana pero ya con el sol muy alzado, venía yo pensativo y rumiando lo que ya le he dicho cuando, unos metros antes de llegar a la escalera, lo vi. Un hombre joven, con un zurrón a sus espaldas, subía por ese barranco que vemos al frente, a este lado de la escalera. Y me pareció que salía o del rellano en los primeros peldaños de la escalera o como de alguna galería o cueva que por ahí existiera. Al igual que el día de la mujer de las flores, detuve mis pasos, me oculté un poco entre las matas de retama y lo observé muy interesado. Me dije: “Creo que ese joven también tiene algo que ver con el imponente palacio en la cumbre de la niebla. Y por lo que veo, también como la mujer de las flores, viene por aquí buscando algo. Aunque sea solo por curiosidad, me interesa averiguar de él todo lo que pueda”.

Después de unos minutos y cuando ya se alejaba siguiendo el arroyuelo de este barranco, abandoné los arbustos que me protegían y con mucho cuidado para que no me descubriera, comencé a seguirlo. Procurando no acercarme mucho y, al mismo tiempo, teniendo cuidado de no perderlo de vista. Por una empinada veredilla que discurre pegada al arroyuelo de este barranco, remontó a toda prisa. Sujetando con su mano derecha el zurrón que llevaba a las espaldas. Como si diera la impresión de que este bártulo pesaba mucho y para que no se le cayera, lo sujetaba con fuerza. Cuando terminó de remontar, lo perdí de vista durante unos minutos porque los troncos

de algunos árboles, me lo taparon. Aligeré mis pasos, remonté a toda prisa y al llegar a lo alto, con mucho cuidado, me fui asomando. Lo vi enseguida, ahora bastante cerca de mí. Se había parado y charlaba con otro hombre que al parecer había bajado por el lado de la montaña que desde aquí no vemos. Había descolgado su zurrón de las espaldas, lo tenía en el suelo y muy cerca de sus pies, lo había abierto y de ahí había sacado un puñado de monedas. Las vi claramente porque en ese momento, los rayos del sol incidían desde el lado del levante y al caer sobre las monedas que el joven mostraba en sus manos, éstas relucían con un brillo vivo y dorado.

Tapándome con lo que podía, me aproximé por entre los troncos de árboles y lentiscos y cuando ya estuve a solo unos metros, oí que el joven de las monedas decía al que había llegado por el lado oculto de la montaña:

- En estos momentos, no tengo más dinero para darte. Lo siento.

- Pues ya sabes que te doy solo una semana de plazo.

- Y si en este tiempo tampoco puedo reunir lo que me falta ¿qué hacemos?

- Por mi parte, lo tengo muy claro. Tienes que pagarme todo lo que me debes y entonces, serás libre y dueño de lo que te he vendido.

- Pero y si no consigo el dinero que falta ¿por tu parte no podrías esperar unos días más?

- Lo que acordamos, eso se mantiene sin ningún cambio.

Y el hombre del zurrón, vació en el suelo todo el contenido de la bolsa. Las monedas sonaron como melodías desafinadas y desprendieron varios destellos dorados. El hombre que había llegado desde el lado

oculto de la montaña, se agachó, se llenó los bolsillos con las monedas y al poco, se alejaba hacia el lugar oculto que le he dicho. El del zurrón, cabizbajo y con cierta expresión de tristeza en su rostro, cargó con el morral vacío y se dispuso para regresar por el mismo camino que había recorrido solo unos minutos antes.

Me mantuve inmóvil oculto detrás de los árboles y cuando vi que se perdía hacia el rellano de la escalera, salí de mi escondite y me fui para el lado del levante. Mientras me alejaba de ese lugar, dejando el palacio a mis espaldas, me preguntaba por la identidad y presencia en ese rincón tanto del hombre del zurrón como del que había recogido las monedas. Y como en ese momento me intrigaba aun más que los días anteriores lo que por estos sitios estaba viendo, me dije que tenía que volver y seguir averiguando qué era lo que por aquí pasaba.

Y volví. Una semana después y también una mañana, pasaba yo otra vez por esta senda dirección al barrio del Albaicín y hacia el valle del río Darro. Traía en mi mente la idea fija de este palacio entre niebla y de la montaña que en todo lo alto lo sostiene. Y al llegar al rellano de donde arranca la escalera, vi de nuevo algo que me intrigó. Hoy, donde aquella mañana a la mujer recogiendo flores, descubrí a otra figura femenina que también andaba buscando cosas por aquí. Iba de un arbusto a otro y de mata en mata buscando pequeño frutos rojos que recogía de aquí y allá y echaba a una cesta de mimbre. No me descubrió ella a mí pero como yo sí tenía interés en su presencia y en lo que hacía, la observé durante unos minutos hasta que vi que se fue derecha a la escalera. Dejé que remontara y, después de un buen rato y cuando ya estaba en todo lo alto, tomé una decisión. Sin pensarlo mucho, comencé a

remontar la escalera, muy despacio y procurando no ser visto.

Mi corazón temblaba por el miedo que sentía al ser descubierto. Por eso, justo cuando ya me quedaban dos peldaños para encajarme en el tramo final, me paré porque sentí hablar. Miré para mi lado izquierdo y en la misma puerta de la pequeña casa que había en la fachada del gran palacio, vi a un hombre sentado en una mesa de madera. Escribía y frente a él, dos mujeres jóvenes, lo miraba y le preguntaban:
- ¿Qué poema vas a escribir hoy?
- El más bello que nunca nadie haya escrito en Granada.
- ¿Y nos lo vas a dedicar a nosotras?
- Seguro que sí.
Y vi que las mujeres, las dos muy bellas, se reían y, en el fondo, parecían sentirse alagadas. Me fije bien y descubrí que estas dos mujeres eran las mismas que había visto recogiendo flores y la que unos días después, buscaba frutos silvestres.

Vi, en ese momento, salir humo de lado derecho donde al fondo y muy lejos se observaba Sierra Nevada. La gran columna de humo se alzaba como de un pequeño barranco y se fundía con las nubes de niebla. Caminé un poco hacia este lado, procurando no ser descubierto ni por el escritor ni las dos mujeres y al poco, vi la lumbre. Una gran fogata que ardía entre unas gruesas piedras y a la que echaban ramas secas un par de hombres. Entre ellos comentaban:
- Esto va a ser lo nunca visto en los paisajes que rodean a la Alhambra.
- Y hay que procurar que nadie descubra nuestro plan y que de ésta, no quede vivo ni el gato que corretea por los pasillos del palacio.

Cerca de la lumbre, uno de los hombres, descuartizaba varios corderos. Intuí que unos momentos antes los había matado, luego les habían quitado la piel y ahora, los iban colgando en las ramas de un árbol seco y de este modo y ya sin piel, iban cortando trozos de carne y los ensalzaba en palos de adelfas, aun verdes y con la corteza quitada. Al ver esto me pregunté: “¿Sabrá este hombre que las adelfas son las plantas más tóxicas que se crían por estos lugares?” Yo sí lo sabía porque mi padre me lo había dicho muchas veces y desde que apenas comencé a hablar. Por eso también, al ver lo que este hombre estaba haciendo, pensé que toda la carne se estaba llenando de veneno. Me dije de nuevo: “Cualquiera que se coma esta carne, puede acabar muerto. ¿Sabrá este hombre lo que está haciendo?”

Y vi que fue poniendo, junto a las llamas y sobre las brasas de la lumbre, los trozos de carne ensalzados en los palos de adelfas pelados. Decía, según iba colocando en la lumbre esta carne:

- Ya verás qué sabrosa y cuanto va a gustarle en cuanto la prueben. La más rica carne de cordero criado en estas montañas y asados en el fuego de leña en medio del campo.

- Una vianda exquisita como no hay otra en el mundo.

En la puerta del palacio, donde el poeta escribía y las mujeres se dedicaban a lo que ya he dicho, comenzaron a colocar mesas al aire libre. Al poco, en estas mesas, se sentaron las dos mujeres, el escritor y varias personas más que salieron del palacio. Entre estas personas, vi al hombre del zurrón que había transportado las monedas que le comenté y luego vi a uno que parecía rey o príncipe y a la joven que destacaba entre todos por su elegante y lujoso traje de

seda verde azul y una pequeña corona muy reluciente sobre su cabeza.

Del palacio también salieron otras personas portando vasijas que colocaron encima de las mesas. Se sentaron unos y otros y la mujer del traje de seda lujoso, la colocaron en el centro de una de las mesas alargada. El que parecía rey dijo:
- Hoy es el cumpleaños de la reina de este palacio y por eso vamos a celebrarlo a lo grande. Podéis empezar a saborear estos exquisitos alimentos que, dentro de un rato, viene la mejor carne de cordero asado en lumbre de las montañas.
Dijo la mujer joven de la corona reluciente:
- Huele a gloria el aire que viene de la lumbre donde se asan los corderos. Seáis todos bienvenidos y gracias por vuestra compañía.

Desde la lumbre, los hombres que asaban la carne y alimentaban a las llamas, comenzaron a transportar trozos de palos de adelfas repletos de carne de cordero ya dorada por las brasas del fuego. Los fueron poniendo en las bandejas que había sobre las mesas y enseguida los comensales dieron comienzo al banquete. Los hombres de la lumbre seguían dorando más y más trozos de carne y, mientras iban y venían, se miraban y reían. Porque, al poner la carne asada en las bandejas de las mesas, sobre la vianda iban echando como una salsa al tiempo que decían:
- Es la mejor salsa natural hecha en estos reinos de Granada. Nosotros mismos hemos buscado los frutos y plantas en las montañas para reforzar con el mejor sabor a esta rica carne de cordero asada.

Y los comensales, al probar las doradas y humeantes chuleas, comentaban:

- Desde luego que está muy rica esta fresca carne de corderos criados en estas montañas y asada y sazonada de la manera más natural.
Pero sucedió que, a la media hora más o menos del comienzo de la comida, unos y otros empezaron a sentirse mal. A los primeros les dolía la cabeza, a otros, les empezó a doler el estómago, algunos decían que se estaban mareando y la princesa y el rey, se levantaron de las mesas y entraron corriendo por la puerta del palacio. Detrás de ellos se fueron los invitados, dejando abandonado por completo todas las mesas y los alimentos sobre ellas.

Vi, en esos momentos, correr barranco arriba a los hombres que alimentaban a las llamas y asaban las carnes de corderos. La lumbre comenzó a quemar la carne que aun se asaba en los palos de adelfas y el humo, una gran columna blanca, densa y maloliente, se alzó y comenzó a cubrir las paredes y recintos del palacio. Como un mar de niebla espesa, mientras dentro se oían gritos, voces y lamentos. Temiendo que alguien me descubriera y me apresara, yo también me alejé rápido de donde estaba escondido y me fui a mi mundo. Al día siguiente, al otro y al otro, cuando volví a pasar por aquí, me paré en este mismo sitio y vi el palacio aun tapado por una densa cortina y que en esta ocasión, no era humo sino niebla. A nadie vi por estos lugares ni en aquellos días ni en lo que siguieron hasta el día de hoy. Y aunque luego sí pregunté a unos y a otros por el misterio de este palacio y lo que con mis propios ojos había visto, ninguna persona supo darme razón nunca de nada.

Cuando el viejo pastor terminó de contar al científico esta historia, tal como estaba parado en la senda y frente a la montaña del palacio de la niebla, se

quedó quieto y en silencio. También en silencio miraba el científico, después de haber escuchado con mucho interés el relato del pastor. Intentaba ahora encontrar explicaciones a lo que estaba viendo y acababa de oír y por eso, pasado un rato, rompió el silencio del pastor preguntando:

- ¿Y qué fue lo que ocurrió a partir del final de aquella envenenada comida?

Y el pastor le confesó:

- Después de unas semanas, durante un tiempo, yo no volví más por aquí. Después de lo que vi y cuando me contaron lo que ya le he dicho a usted, me quedé tan impresionado que sentía temor solo pensar en estos lugares. Era muy desagradable y tenía un trasfondo amargo y desolado lo que ocurrió por estos sitios por eso quería borrarlo de mi mente.

¿Por qué sabe usted? Yo he sido pobre a lo largo de toda mi vida y nunca tuve la oportunidad ni de estudiar ni de conocer mundo ni tener amigos poderosos. Pero en mi corazón y alma, siempre he tenido muy claro y he sabido valorar, apreciar y separar las cosas hermosas de las que no lo son. Y lo mismo digo de las personas y sus comportamientos. Por eso siempre, desde que era pequeño, rehuía y aun lo hago, porque me repugnan, las venganzas, intrigas, violencia y toda clase de comportamientos que lleven consigo acciones malas y obscenas de unas personas para con otras. No es propio de seres inteligentes y casi sublimes, como somos todos los humanos, hacernos daño entre sí. Y menos aun es noble y bello, ejercer la violencia sobre otros, denigrándolo o impidiendo que realice sus sueños, para obtener algún bien para sí. Por eso le decía y ahora repito que, durante mucho tiempo y aun todavía, me daba miedo pasar por aquí e imaginar las tragedias que dentro de ese palacio pudo ocurrir.

Pero aun así, pasado no mucho tiempo de aquellos corderos envenenados, el palacio de la niebla en lo alto de la montaña, se quedó vacío. Por lo visto, nadie quería vivir aquí y como sus propietarios sí eran personas muy importantes en los recintos de la Alhambra, desde allí organizaron comandos de soldados que empezaron a recorrer todas estas montañas en busca de los hombres que, en la lumbre, envenenaron las carnes que ya sabe. Fue aquello el comienzo de la desolación que hemos venido viendo y le he contado con detalle por los lugares que hemos atravesado.

- ¿Y fueron esos destacamentos de soldados enviados desde la Alhambra, los que envenenaron las aguas de Fuenteliria?

- Es algo que tengo pensado revelar a usted cuando por fin concluyamos el recorrido que estamos haciendo. Será entonces el momento en el que podrá encajar las piezas de todo lo que hoy estamos viviendo. Ahora, sigamos bajando por esta senda hacia el valle del río Darro y al encuentro del barrio del Albaicín. Ya nos queda poco y también la historia va llegando a su final.

Quico y Josefa

XIX- Como en otros momentos, el científico no preguntó más ni hizo comentario alguno. En silencio y tras echar una última mirada a los vellones de niebla que parecían clavados por encima de la cumbre que sostenía al palacio, siguió al pastor. Éste, también en silencio, continuó marcando sus pasos por la estrecha senda desde la cual ya se veían las blancas casas del barrio del Albaicín. No tardaron en llegar a donde una valla de alambres y arbustos espinosos, comenzaba a escoltar a un lado y otro. Apareció enseguida por el lado derecho, un buen rodal de tierra por donde, salpicados,

se veían algunos árboles frutales. Miró el pastor y al llegar a donde un par de higueras mecían sus ramas lentamente al paso del vientecillo, se paró y le dijo al científico:
- Una higuera tan grande como todas las que ahora mismo vemos por aquí, clavaba sus raíces ahí mismo.
Señaló para su derecha y como a unos cincuenta metros de ellos. Preguntó el científico:
- ¿Era esa higuera alguna de éstas?
- Ninguna.
- ¿Qué fue de ella y por qué la recuerdas?

Y el pastor explicó al científico:
- Era una higuera grande como nunca en mi vida he visto otra por aquí. Tenía el tronco tan grueso como el cuerpo de dos hombres juntos, retorcido y con muchas heridas y sus ramas se doblaban cuando maduraban los higos y el viento las movía. Siempre que en aquellos tiempos yo pasaba por aquí y en la época en que tenía sus frutos maduros, me acercaba a esta higuera. De sus ramas cogía los mejores higos y me los comía. De este modo me quitaba un poco el hambre al tiempo que rememoraba la imagen del hombre bueno que ya le dije regalaba fruta junto al camino, cerca de Fuenteliria.
- ¿Y nunca se enfadó contigo el dueño de esta higuera?
- El dueño de este árbol y de las tierrecillas donde crecía, un pequeño huerto siempre muy bien cuidado, era un hombre especial.

A él lo llamaban Quico y a su esposa, Josefa. No tenían hijos y los dos vivían casi a las afueras del barrio del Albaicín. En una pequeña casa, con una parra en la puerta, arriates con muchas flores y una acequia de agua muy clara que corría por entre las plantas de este jardín. Desde la puerta de su casa, se abría una

hermosa vista hacia la Alhambra, al frente y al valle del río Darro, en lo hondo.

Cerca de este río que usted ya está viendo, Quico tenía un trozo de tierra que, con su mujer, cultivaban a lo largo de todo el año. Los frutos que de estas tierras sacaban, los usaban para alimentarse, para regalar a los vecinos y para ofrecer, los mejores, a los reyes de la Alhambra. Al lado de arriba de su huertecillo, crecía la y frondosa higuera de la cual cogían todos los años muchos, lustrosos y sabrosos higos. Los repartía conmigo y con otros amigos.

Cuando yo pasaba por la senda que rozaba las tierras de su huerto, Quico siempre me saludaba, me ofrecía higos y otros frutos y la mujer me decía:
- En la vida, ya irás descubriendo que las cosas pasan y se desmoronan y las personas se marchan y mueren. Cuando esto suceda, tú nunca te fijes en la desolación que hay sino en la belleza que aún queda.
Y el hombre mayor, de estatura baja, algo grueso, pelo negro y miradas dulces y misteriosas, también con frecuencia me confesaba:
- Como nosotros no tenemos hijos, antes de morir, voy a repartir estas tierras con mis mejores amigos.
- ¿Con qué amigos?
Le preguntaba yo.
- Con los que siempre me han tratado bien y que sean mayores. Porque me gustaría que un día, todas las personas mayores de este barrio, tuvieran un trocico de tierra para cultivar. Para que de este modo se mantengan activos y fuertes. Tú, como dice mi mujer, cuando ya nosotros no estemos por aquí y las cosas en este huerto mío hayan cambiado, no te fijes en la desolación que hay ni te entristezcas por la ausencia de la personas sino admira la belleza que aún queda.

Y a mí, además de sentirme muy alagado y querido por Quico y Josefa, me impresionaban mucho las palabras que pronunciaban. Por eso los admiraba y más aun, cuando una vez y otra, los veía ir y venir de su huerto a la casa o al revés, siempre cogidos de la mano. Me decía: “Parece como si estuvieran tan enamorados el uno del otro, que no pudieran separarse ni un momento. Son buenos de verdad estos amigos y tienen un corazón que rezuma esencia de cielo”.

Y un día, cuando pasé por el camino dirección al barrio, me di cuenta que Quico no estaba en sus tierras. Me acerqué a la vieja higuera y lo encontré caído en el surco de la acequia. Enseguida me puso a ayudarle, lo rescaté del surco, lo recosté bajo la higuera, le lavé las heridas y lo reconforté con palabras animosas. Pero Quico, solo unos minutos después, murió. Subí corriendo a la casa, le conté a Josefa lo que sucedía y ésta, fue corriendo a donde su marido y lo único que pudo hacer por él fue abrazarlo y llorar amargamente. Unas horas después, ayudada por los vecinos, llevamos el cuerpo al cementerio y lo enterramos. Solo tres días más tarde, Josefa enfermó y al ponerse el sol un día de primavera, murió. Al enterarme de ello, acudí al barrio, lloré tanto a Quico como a Josefa y también ayudé a los vecinos en el entierro de su cuerpo.

Regresé luego a mi casa en la montaña y unas semanas más tarde, cuando volví por las tierrecillas del huerto de Quico, me paré bajo la higuera, miré a un lado y otro y por todos los sitios, solo encontraba desolación y tristeza. Pensando en mis amigos, recordé lo que ella siempre me decía: “No te fijes en la desolación que hay sino en la belleza que aún queda”. Y en ese momento,

me pareció que tanto Quico como Josefa, seguían vivos por aquí, ofreciéndome los mejores higos de su higuera y la más jugosa fruta de su huerto, al tiempo que sonreían y me animaban con palabras buenas.

Bastantes años después, murieron mis pastores padres en las montañas. Envejecí también yo y por eso un día, me vino a vivir a una casa cerca del río Darro y frente a la Alhambra. Al caer las tardes, salía a pasear por la orilla del río y al ver las tierras del que había sido el huerto de Quico, me sorprendía lo mucho que por el rincón todo, con el paso del tiempo, había cambiado. La higuera ya no existía, la acequia se había roto, los nuevos dueños de las tierras, habían cortado algunos árboles y otros se habían secado y se veían trozos de paredes rotas y llenas de musgo. Sin embargo yo, aunque todo por el lugar me seguía pareciendo desolado y muy triste, siempre recordaba a Quico y a Josefa.

Por encima de donde ahora se encuentra la Fuente del Avellano, a media ladera y en un pequeño rellano, me iba muchas tardes. Desde este lugar, sentado sobre la hierba, mirando al valle del río Darro, a las cuevas por las laderas del Sacromonte, a las blancas casas del Albaicín y a las puestas de sol al fondo de la Vega de Granada, rumiaba mis recuerdos y meditaba. A mi manera y muy torpemente, alguna vez escribía versos y, en otros momentos, soñaba con escribir un libro para dejar en él recogido la historia de Quico y Josefa. Con nadie compartía este sueño excepto con el silencio de la ladera, el vientecillo que por aquí se paseaba y el azul purísimo del cielo por donde, en un grandioso paraíso lleno de amor y serenidad, sabía que vivían mis amigos.

XX- Bajaban ya por la Cuesta del Rey Chico y al frente se veían las blancas casas del barrio del Albaicín. El sol caía limpia e iluminando con fuerza tanto las laderas de enfrente como las murallas a su izquierda y los picos de las torres de la Alhambra. En su interior el científico se decía: “Se acerca nuestro momento final. Por eso ardo en deseos de saber las claves de las muchas cosas que en este recorrido me ha mostrado. Y tengo que estar atento para que no se me escape ni un solo detalle”. Y era tanta la impaciencia del científico que se disponía para hacerle una pregunta al pastor cuando éste se le adelantó y le dijo:

- Cuando en aquellos tiempos, siendo yo todavía pequeño y luego ya de joven antes de la muerte de mi padre, pasaba yo por este camino y tramo que pisamos ahora mismo ¿sabe usted lo que con frecuencia me decía él?

- Es obvio que no lo sé pero me gustaría que me lo dijeras.

Y el pastor, en esta ocasión sin dejar de caminar, dijo al hombre que le acompañaba:

- Al recorrer este trozo de camino con la visión de las laderas que al frente ahora también tenemos, mi padre siempre me aconsejaba: “Hijo mío, según vayas haciéndote mayor irás comprobando que en la vida hay interminables caminos. Sendas que van en todas las direcciones y llevan a lugares desconocidos. Algo así como el camino que ahora mismo recorremos. Tú, cada vez que recorras algunas de estas sendas que te digo, presta mucha atención y observa con meticulosidad. Porque entre las interminables sendas se irán presentando ante ti, solo una es valiosa por encima de las demás. Es la que te llevará al lugar que te pertenece y donde encontrarás lo que para ti tiene reservado el cielo. Por eso, si al recorrer las sendas de la vida, te vas

por la que equivocada, tus sueños y todo tú y para siempre, quedaréis perdidos. Recuerda esto que te digo cada vez que pases por este trozo de camino y lucha en todo momento para no equivocarte y desviarte del buen camino".

Esto era, más o menos, lo que siempre me decía mi padre al recorrer el trozo de senda que ahora pisamos. Y por eso, desde aquellos días hasta hoy, mantengo vivo en mi corazón sus acertadas palabras. Era sabio mi padre y bueno como pocos en este mundo. Y al marcharse él y también mi madre y quedarme solo en este suelo, fue cuando empecé a descubrir algo muy curioso.
Intrigado el científico enseguida preguntó:
- ¿Qué es lo que empezaste a descubrir?
- Que según va pasando el tiempo y las vivencias quedan atrás, descubro más y más que no son los días los que se recuerdan sino los momentos.
Al oír esto confirmó el científico:
- Lo entiendo.

Solo unos minutos después ya descendía por el tramo más inclinado en esta Cuesta del Rey Chico. Caminaban ahora en silencio mientras les acompañaba el rumor de un arroyuelo a su izquierda y les llenaba de emoción la visión al frente del barrio del Albaicín. Llegaron al Puente del Aljibillo y tal como venía caminando, el pastor se paró junto al pequeño muro a su lado izquierdo. Puso sus manos sobre las piedras de este muro y mirando al científico, dijo:
- No es descansar un momento lo que quiero ahora sino despedirme de usted.
Muy sorprendido el científico por lo que de pronto oía, preguntó:
- ¿Despedirte de mí aquí y ahora?

- Ya hemos recorrido el camino que usted deseaba conocer, ya le he enseñado y al mismo tiempo le he explicado lo más importante y de valor único que por estos lugares hay y guardó yo en mi corazón y ya conoce usted, creo yo, los escenarios y parte de los hechos que por estos sitios sucedieron. Por eso ahora creo que ha llegado el momento de marcharme y que usted continúe con su proyecto.
Y sorprendido por completo el científico por lo inesperado de la notica, dijo al pastor:
- Pero me has dicho varias veces que al final de nuestra ruta, me revelarías las claves de lo ocurrido en los lugares que hemos pisado.
- Eso es cierto pero por mi parte, ahora ya creo que usted es el que tiene que investigar y aclarar para la Humanidad, estos misterios. Siento que puedo morir en paz, a partir de ahora mismo. Le he contado a usted todo lo que necesitaba y mi corazón apetecía. Le he hablado en abundancia y hasta descubriéndole los más pequeños detalles de las cosas ocurridas en estos lugares y en mi vida. Déjelo todo escrito en sus cuadernos para que se recuerde siempre y a mí, permítame usted que me vaya y muera para siempre en la paz que a lo largo de mucho tiempo he soñado.

Sobre el pequeño muro de piedra, se sentó el pastor. Se puso a su lado el científico, bastante desconcertado porque intuía que sí era de verdad la despedida y él, no era esto lo que deseaba en estos momentos ni de esta manera. Pero, aun se asombró más cuando vio como la figura del viejo pastor, al tiempo que se sentaba en el pequeño muro del puente, se inclinaba levemente hacia el cauce del río. Como si poco a poco se dejara caer para hundirse en el vacío que ofrecía el puente hacia las aguas del río. Preocupado ahora porque su buen amigo pudiera

perder el equilibrio y caer a las aguas, se acercó para sujetarlo. Pero en este momento, una leve y fina ráfaga de viento, subió por el cauce, empujó al cuerpo del viejo pastor, al tiempo que una nubecilla de niebla se elevaba desde la corriente y muy suavemente, el hombre descendía como para dormirse sobre las aguas del río. Según su cuerpo se hundía, la blanca niebla se espesaba y antes del que el viejo pastor chocara con la corriente, todo él quedó como difuminado o fundido en la vaporosa nubecilla que revoloteaba ahora corriente abajo. Como si el propio viento, fresco y algo perfumado a otoño y primavera, abrazara y se llevara para siempre a la eternidad, al corazón del cielo, al pequeño gran hombre de las montañas al norte de Granada y de la Alhambra.

Despertar del sueño del científico

XXI- En la cama de su hotel, el científico despertó. Inmóvil se quedó durante un rato mientas miraba por la ventana y fijaba sus ojos en la robusta figura de la Alhambra sobre la colina. Hizo un pequeño esfuerzo y rápido recorrió con sus pensamientos todo el sueño que acababa de tener. Meditó un momento y luego se incorporó. No tardó nada en acicalarse un poco y ponerse ropas sencillas y luego, después de tomar alguno alimento, se preparó. En su mochila metió varios cuadernos, mapas y bolígrafos y también algunos escritos. Cargó con esta mochila, salió de su habitación, bajó las escaleras, salió a la puerta y se encontró al comienzo de la calle. En silencio y, cuando el sol ya se alzaba por encima de las torres de la Alhambra, caminó calle arriba hasta que llegó al Puente del Aljibillo. Aquí detuvo sus pasos y durante un buen rato, miró y meditó algunas cosas que en su sueño había visto.

Luego, remontó por la Cuesta del Chapiz, llegó a la plaza del Salvador, buscó las estrechas calles que discurren por detrás de la iglesia y subió al famoso mirador de San Nicolás. Al llegar, vio que ya por aquí iban y venían turistas haciendo fotos y contemplando la figura de la Alhambra, el valle del río Darro y la amplia ciudad de Granada sobre la llanura y hacia el poniente. Despacio observó durante un buen rato y de pronto lo vio. Sentado en el pequeño muro, a la izquierda según miraba para la Alhambra. Se acercó a él y después de saludarlo, le dijo:
- Busco a un viejo pastor que hace mucho tiempo se vino de las montañas de Sierra Nevada. Me han dicho que puedo encontrarlo por aquí. ¿Usted sabe algo de él?
Y el hombre mayor, de cara tostada por el sol y con la piel muy arrugada, pelo blanco, miradas puras y algo encorvado, observó despacio al que se le había acercado y pasados unos segundos, habló y dijo:
- Hace muchos, muchos años, por aquí vivieron algunos pastores venidos de las montañas de Sierra Nevada. Hoy en día, ya no hay ninguno en este barrio.
- Pero a mí me han dicho que sí puedo encontrar a uno que conoce bien los lugares de Fuenteliria.

Al oír la última palabra que pronunció el científico, el nombre de Fuente Liria, el hombre del mirador se quedó como extrañado. Miró de arriba abajo a la persona que tenía al frente, pensó un momento y luego dijo:
- Nunca en mi vida he oído yo hablar de ese lugar que usted me ha dicho. Y no solo esto sino que me parece que nadie en este barrio sabe nada de ese sitio.
- ¿Ni siquiera el viejo pastor por el que te he preguntado?

- Aunque ya le he dicho que pastores, ni mayores ni jóvenes hay en este barrio, sí puedo anunciarle que conozco una historia muy original, de un hombre mayor con este título. Si le sirve de algo y tiene tiempo, puedo contársela.
- Cuéntamela por favor, porque a lo mejor tenemos suerte y esta historia que sabes tú, nos da algunas pistas que lleven a hechos muy concretos.

De nuevo el hombre mayor del mirador, guardó silencio durante un largo rato, como preparándose para narrar al científico lo que le había anunciado. Y cuando lo hizo, lo primero fue aclarar:
- No es larga la historia que voy a contarle pero antes de nada, quiero advertirle de algo.
- ¿Qué es lo que quieres advertirme?
- El hombre mayor que protagonizó el relato que le vengo anunciando, viejo pastor según se rumoreaba por aquí en aquellos tiempos, en las montañas de Sierra Nevada, dicen que siempre él estaba comentando: "Cuando yo muera, cuando por fin un día Dios me lleve de este mundo a ese paraíso que tanto y tanto y a lo largo de mis días he soñado, no quiero que nadie investigue mi vida. Tampoco quiero que nadie escriba nada de mí ni recoja hechos de mi mundo ni de mi antes pasados". ¿Qué le parece a usted esto?
Y el científico dijo:
- Que es una información muy interesante que tengo que meditar muy despacio. Puedes narrarme el relato que me has anunciado, cuando quieras. Estoy preparado para oírte y tomar nota de lo que me digas.
Y sin más, el hombre mayor, dio comienzo al relato prometido.

La joven de la cueva

XXII- Desde la Alhambra y, especialmente desde la torre más alta y robusta, se veía su cueva. Casi al borde de las aguas del río Darro, ya al final de la ladera que mira a la umbría del Generalife y algo retirada de las casas del barrio del Albaicín. Y estaba casi aislada su cueva. Solo tres más y pequeñas, se abrían por el lado de arriba, ninguna a su derecha y dos más muy distanciada, a la izquierda y aguas arribas del río. Por eso su cueva ni tenía puerta para cerrar la entrada ni ventanas ni chimenea. Solo un pequeño rellano antes de la oquedad y donde su niña, continuamente jugaba.

Vivía ella sola, era joven, no estaba casada, sí era madre de una niña preciosa que ya iba a cumplir los siete años y que era su única y verdadera amiga, así como su gran consuelo y gozo profundo en sus momentos de soledad y sufrimientos, que eran muchos. Porque la joven, no tendría más de veintitrés años, no era aceptada por casi nadie en todo el barrio del Albaicín ni en la Alhambra ni en Granada. A sus espaldas y cuando ni los veía ni podía oírlos, muchos la criticaban más o menos de esta manera:
- Nunca se ha visto en el mundo que una mujer tan bella, viva sola en una cueva y que, además de no haberse casado, tenga una niña.
- Desde luego que no es bueno y por eso resulta escandaloso hasta su presencia.

Pero ella, estas cosas nadie se las decía delante ni de frente, sí sabía que era muy rechazada por casi todos los habitantes del barrio que, hasta incluso, deseaban que desapareciera de los lugares de donde vivía. Muchos pensaban esto menos un hombre mayor, viejo pastor en las montañas de Sierra Nevada y ahora en su vejez, refugiado en una pequeña casa en el barrio

del Albaicín. Conocía este hombre a la madre soltera de la cueva del río y como en su corazón sí existía ternura para con los marginados y débiles, con frecuencia se acercaba al rincón donde vivía para saludar a la niña, jugar con ella y regalarles algunos alimentos. En invierno, frutos secos y bellotas que guardaba en su casa y buscaba de los bosques, en primavera, moras, cerezas y otros frutos que recogía de su huerto. En verano, brevas, higos y algunas hortalizas que también cultivaba y en otoño, almendras, nueces, avellanas y setas que encontraba en las montañas cercanas.

Las personas lo veían ir con frecuencia a la cueva de la joven marginada y esto era motivo de más críticas y habladurías. Por eso la joven, cuando el viejo pastor la visitaba para llevarle los alimentos que podía y para compartir con su niña juegos y sonrisas, le confesaba:

- Estoy cansada de tantas críticas de unos y otros. ¿Por qué las personas no se dedican a vivir su vida y dejan en paz a los demás?

Y el hombre mayor siempre le aconsejaba:

- Tú reza, lucha y da la vida por tu hija y entrégale todo el amor que llevas en el corazón. Sed valiente y nunca dañes a nadie ni robes y que los demás digan lo que quieran. Las personas sabias, aunque sean pobres, dicen más callando que los necios cuando hablan sin parar.

Y la joven se admiraba del buen corazón y las bellas palabras que el hombre le regalaba. Tanto se admiraba que cuando estaba sola con su niña, aunque sabía que todavía no la comprendía, una vez y otra la abrazaba y le decía:

- Es más que un padre bueno y que un amigo sincero. Y te digo esto porque si no fuera por él y, sobre todo, el

cariño sincero que nos da, ni el más mínimo gozo tendríamos en nuestras vidas. Parece como si fuera un enviado del cielo para guiarnos y acompañarnos por este suelo.
Y la pequeña de su alma, la más bella de las princesas según la madre continuamente le decía, besaba a su reina y sonreía y la miraba de frente. En su pequeña mente y tierno corazón, solo existían sueños maravillosos y la esperanza de que un día sería libre y dueña de lugares muy bellos.

Pero una noche de verano, cuando el calor apretaba y todo era serenidad por el valle del río Darro, laderas del Generalife y Sacromonte, desde el barrio del Albaicín, se oyeron voces que decían:
- ¡Fuego, fuego, fuego!
Rápidos se asomaron algunos vecinos y a lo lejos y por donde la cueva de la madre soltera, vieron las llamas. Dijeron:
- Arde todo lo que por allí y ellas están en el centro de estas llamaradas.
También en la alta y robusta torre de la Alhambra, se concentraron algunas personas y al ver los resplandores y columnas de humo y llamas, dijeron:
- Ojalá se achicharren en medio de esas llamas y desaparezcan de aquí para siempre. Son indeseables y el peor ejemplo para toda Granada.

Al ver el fuego rodeando a la cueva y hasta y quemándose en la misma puerta algunos palos y ramas secas, el hombre mayor del barrio del Albaicín, salió corriendo por las calles y cuando llegó a la cueva, encontró a la joven entre las cenizas, agonizando y abrazada a su niña mientras le decía:
- Corazón mío, no sufras ni tengas miedo que yo estoy aquí a tu lado.

De rodillas en suelo, el hombre mayor abrazó a la madre y a la niña y, aunque intentó alejarlas de la lumbre que las achicharraba, lo único que pudo hacer fue abrazarlas aun más fuerte al tiempo que alzaba sus ojos el cielo y llorando suplicaba:
- Dios bueno, llévatelas contigo a tu gran reino y que ahí vivan eternamente junto a ti. La madre se lo merece por lo mucho que ha sufrido en este suelo y el corazón puro y limpio que tenía. Y mi pequeña princesa, sin trajes de seda ni corana ni palacios, porque es un ángel como nunca ha existido ni habrá otro en este mundo.

Y en ese momento, todo el cielo de Granada, sobre las torres de la Alhambra y las montañas de Sierra Nevada, se tiñó de oro viejo, ascuas vivas y doradas llamas. Como si fuera el primer amanecer de un nuevo tiempo, profundamente misterioso y bello, muy bello.

Poema del pastor de las montañas

XXIII- Cuando el hombre mayor del mirador terminó de contar el relato que atrás ha quedado, el científico siguió sumido en su silencio. Impresionado por lo que acababa de oír y también algo desconcertado. Y pasado unos segundos, preguntó al hombre del mirador:
- Sin duda que aquel hombre murió envuelto en una gran dignidad. ¿Se supo en algún momento algo más de él?
- En la pequeña casa donde en este mismo barrio vivía, dicen que todo era pobreza aunque muy ordenada y limpia la humilde estancia. Lo más valioso que allí algunos encontraron, fue una bonita caja de madera, tallada muy rústicamente. La abrieron y dentro hallaron trozos de piedras de cuarzo de las cumbres de Sierra Nevada, una cruz de oro pequeña, algunos diminutos objetos de metal dorado como pulseras, anillos y

cadenas y también una amarillenta hoja de papel escrita.
- ¿Qué era lo que había escrito en esa hoja de papel, si es que lo sabes?
- Lo sé y se lo puedo repetir a usted letra por letra. Porque dicen que cuando descifraron lo que en aquella hoja había escrito, todos concluyeron que era un hermoso poema. Lo leyeron y varias personas se lo aprendieron de memoria. Estas personas, se lo repitieron a otras y luego a las que vinieron después y así fue como llegó hasta mis oídos. Cuando yo lo escuché, como me gustó mucho este singular poema, me esforcé en aprenderlo también de memoria y por eso le he dicho que puedo recitarlo palabra por palabra. ¿Quiere oírlo usted?
- Sí, por favor, me muero en deseos de escucharlo.
Y el hombre del mirador, sin más, se puso y recitó el fragmento que sigue abajo:

> “A lo largo de mi vida y a cada instante,
> he respetado y he sido amigo de la lluvia,
> del viento, de las nubes y las nieves
> y también de los pajarillos, las flores de los campos,
> los arroyuelos y los río
> y las puestas de sol y silencios al amanecer.
> He sido amigo sincero de las personas
> humildes como yo
> y de los niños y ancianos.
> Nunca quise hacer daño a nada ni a nadie
> intencionadamente
> ni robé un trozo de pan ni una moneda en
> ningún lugar.
> Y para no herir ni a las personas,
> animales, plantas y Creación en general,

siempre caminé y me comporté con el mayor respeto
y educación hacia todo y para con todos.

Mi corazón buscó alabar y dar gracias a Dios
por todo cuanto tenía y me daba cada día
y por los cantos de los pájaros,
la primavera y el azul del cielo.
Lo que tuve en mí,
siempre lo di gustosamente
y procedí con humildad en todo momento.
Y por eso repito que si algo malo hice en este mundo
y a lo largo de mi vida,
que me perdone el cielo
y las personas o seres que de mí esto recibieron.
Nunca fue mi intención sino todo lo contrario,
porque siempre tuve conciencia
que en este mundo estuve y estoy de paso.
De aquí que tampoco luchara por las riquezas de este suelo
ni me importara pasar hambre,
frío o sentirme despreciado y solo.
mi gran deseo y necesidad en mi corazón,
siempre fue solo amar,
respetar, asombrarme ante la belleza
de las personas y las cosas y agradecer,
como ya he dicho, cada día al cielo.

Y por todo esto y muchas más cosas
que llevo estampadas en mi alma y no sé expresar con palabras,
pido algo a la Humanidad entera:
que nunca nadie,

ni ahora ni cuando muera,
se interés por mí ni investigue mis cosas
ni las deje escritas en ningún libro.
Creo que tengo derecho a que se me respete
igual que hice yo y que me dejen,
para la eternidad y frente al cielo y el Dio en el que creo,
en mi paz y en libertad.
Pido esto y suplico que nadie investigue mi vida
ni saque de ella conclusiones.
Viví y vivo mi dolor y sufrimientos
en soledad, siempre rezando al cielo
y quiero que esto sea respetado como lo más sagrado, íntimo y personal".

Concluyó el hombre mayor esta narración y notó que el científico se mostraba por completo perplejo. Le conmovió profundamente lo que acababa de oír y por eso se mostraba como desconcertado y sin palabras. El hombre mayor que sentado sobre el pequeño muro del mirador tenía la figura de la Alhambra recortada a sus espaldas, sí después de un breve silencio, de nuevo dijo:
- Ya ve usted, aquel hombre tenía una dignidad muy grande y principios nobles como pocos. Por eso creo que era capaz de formular las cosas que en su poema hay y por eso se sentía libre y bueno ante Dios. Y yo le he contado todo lo que sé para que lo tenga en cuenta.
Dijo el científico:
- Lo he grabado en mi corazón y no dudes que lo reflexiono sinceramente. Creo como tú, que aquel pastor de las montañas, fue un gran hombre y procedió con rectitud. Debe ser respetado y para siempre, por encima de cualquier otra realidad.
- Hace usted y piensa bien y yo que me alegro de ello.